

## LA REBELION DEL OESTE Y SUS PROYECCIONES EN EL NORTE

La revolución de los colorados, producida en Mendoza en noviembre de 1866, no fue sólo uno de los tantos sucesos tumultuosos que se desencadenaron en el transcurso de ese año en el interior de la República, sino también punto de partida de una rebelión que alcanzó proporciones nacionales. En efecto, la vibración revolucionaria que ella produjo, se propagó no sólo en las provincias con las cuales Mendoza tiene contacto territorial, sino también en otras más alejadas, La Rioja, Catamarca y aún en Salta y Jujuy, convulsionando todo el interior durante los años 1867 y 1868, y causando graves preocupaciones al Ejecutivo Nacional. Esta reacción dirigida abiertamente contra la política mitrista y alentada por los grupos federales que habían quedado postergados después de Pavón, puso en primer plano en el escenario de la lucha a los montoneros, los que por su hondo arraigo telúrico, aparecían como intérpretes del sentimiento regionalista, y como defensores del acervo local, identificados totalmente con los vaivenes de la política provincial, ejercían influencia decisiva en los habitantes de la campaña. Obedientes a sus caudillos, se alzaron no sólo contra el gobierno central, sino también contra sus propios gobiernos provinciales, desencadenándose una sucesión ininterrumpida de guerras y guerrillas que con alternativas de triunfos y fracasos, perturbaron sensiblemente el orden político del país, y amenazaron provocar la disociación social.

Numerosas fueron las conspiraciones que se produjeron en las provincias durante el año 1866, como síntomas preliminares de la revolución mendocina, promovidas todas por los herederos políticos del Chacho. Unas alcanzaron su objetivo; otras descubiertas oportunamente malograron sus fines. La información periodística permite seguir cronológicamente el desarrollo de tales sucesos, que configuraron agitadas etapas en la guerra de la montonera: en Catamarca el comandante de Santa María Melitón Córdoba se rebela en marzo de ese año contra el gobierno legal de su provincia, derrocando al gobernador Maubecín el 2 de julio (1). Pocos días después, el 14 fue Córdoba el escenario de episodios simila-

(1) Víctor Maubecín al Gobernador Delegado de la Rioja. Catamarca, mayo 16 de 1866, en LA REGENERACIÓN, La Rioja, 1º de julio de 1866, pág. 2, Col. 1. LUIS H. SOMMARIVA: *Historia de las intervenciones federales en las provincias*, t. 1, pág. 241 y sigs. El Ateneo, Buenos Aires, 1929.

res: el gobernador Roque Ferreyra es destituido por un movimiento sedicioso encabezado por Simón Luengo; como consecuencia de estos sucesos, el 26 de julio es nombrado gobernador interino D. Mateo J. Luque (2). En La Rioja desde abril de 1866 el periódico local LA REGENERACIÓN, informa ampliamente sobre los movimientos de la montonera que procedente de Jáchal y Valle Fértil encabeza Berna Carrizo; combatida enérgicamente se descubren los planes de un movimiento sedicioso que debía derrocar en octubre al gobierno sanjuanino (3). En San Juan el 20 del mismo mes queda descubierto un conato de revolución que debió estallar el 22; su principal cabecilla Emilio Castro Boedo logró escapar huyendo hacia Chile (4). Después sobrevino la revolución de Mendoza el 9 de noviembre, iniciada con un motín de gendarmes de policía que reclamaban por su situación impaga; destituyó al gobernador Melitón Arroyo, que había asumido el gobierno el 1º de noviembre; cabezas visibles del movimiento fueron Manuel Arias y Carlos Juan Rodríguez, de reconocida filiación federal; este último fue nombrado gobernador provisorio, y ejerció funciones hasta abril de 1867 (5).

LA REGENERACIÓN de La Rioja en su edición del 25 de noviembre publica una comunicación del gobernador Julio Campos, al ministro del Interior, donde haciendo una rápida apreciación de la grave situación planteada como consecuencia de todos estos acontecimientos, prevé que el movimiento de Mendoza alcanzará proporciones alarmantes y complicará peligrosamente la situación de Cuyo. El peligro presentido de inminentes perturbaciones, mantenía expectantes a los gobiernos de San Juan y La Rioja principalmente; de inmediato mancomunando esfuerzos agilizaron los preparativos bélicos para resistir cualquier ofensiva. Finalmente, en Catamarca, las luchas internas desatadas nuevamente a mediados de noviembre, como resultado del levantamiento del ex gobernador Víctor Maubecín, completan un panorama político recargado de sucesos que amenazaban precipitar la anarquía (6).

Tanto la prensa periódica como el propio presidente Mitre en acertada pulsación de la hora coinciden en señalar que la causa principal que favoreció tales disturbios y disidencias, fue la irresponsabilidad y la

(2) LA REGENERACIÓN, La Rioja, 22 de julio de 1866, pág. 3, Col. 2. CARLOS R. MFLO: *Córdoba durante el gobierno de Mitre*, en *Academia Nacional de la Historia. Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte*, pág. 565 y sigs. Buenos Aires, 1957.

(3) LA REGENERACIÓN, La Rioja, 7 de octubre de 1866, pág. 2, Col. 2.

(4) EL ZONDA, San Juan, octubre 21 y 25 de 1866.

(5) CARLOS HERAS: *La rebelión del Oeste a través del Archivo de Marcos Paz*, en: TRABAJOS Y COMUNICACIONES, Nº 10, pág. 99 y sigs. Buenos Aires, 1961. LUIS H. SOMMARIVA: *Op. cit.*, pág. 251 y sigs. ANTONIO ZINNY: *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas*, t. IV, pág. 102. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1921.

(6) Natal Córdova, gobernador delegado de Catamarca, al gobernador de La Rioja, adjuntando un decreto firmado por Melitón Córdova delegando el mando, por cuanto debe partir hacia los departamentos del Oeste para rechazar la invasión de fuerzas rebeldes al mando de Víctor Maubecín, en LA REGENERACIÓN, noviembre 27 de 1866, pág. 1, col. 2.

falta de honradez política en los gobiernos locales (7). A propósito, EL CONSTITUCIONAL de Mendoza, en su edición del 23 de abril, comentaba que

“la poca energía de nuestros gobiernos y la apatía del pueblo que vio desarrollarse sucesos internos que importaban una rebelión tácita y que se convirtió más tarde en una revolución sangrienta, sin oponer la más mínima resistencia por su parte, he ahí, a nuestro juicio, la razón del incremento tomado por los sucesos del 9 de noviembre” (8).

Tampoco escapaba a los observadores que desde cerca o lejos seguían el desarrollo de los sucesos, que los motines provinciales no eran episodios aislados que respondían sólo a móviles de carácter local, sino que eran parte de un vasto plan subversivo cuya finalidad era convulsionar a todo el país. Manifiestamente, los promotores de este plan reaccionario, intentaban abrir así la perspectiva alentadora de recuperar el control político del país, que las fuerzas de las armas les había arrebatado en setiembre de 1861, por eso espectadores y actores de los sucesos no vacilaban en señalar que la mano directora que manejaba la reacción estaba en Entre Ríos. A las agitaciones subversivas que se produjeron en el interior, se sumó la actitud hostil que asumieron las provincias frente al conflicto con Paraguay, logrando así distraer la atención y los recursos de la Nación, que debió atender simultáneamente dos frentes de lucha.

En efecto, en conocimiento de los sucesos ocurridos en Mendoza y a requerimiento de las autoridades depuestas, el Ejecutivo Nacional dicta, el 21 de noviembre, un decreto comisionando al general Wenceslao Paunero, para restablecer el orden legal, y declarando movilizada la Guardia Nacional de Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan y La Rioja para que el comisionado nacional disponga de ella en la forma que las circunstancias lo exijan, por cuanto, señala en su parte dispositiva,

“corresponde a las exigencias actuales de la República reprimir pronta y vigorosamente estos movimientos sediciosos, cuyo primer fruto es embarazar parcialmente la acción del gobierno en la guerra nacional que la República sostiene y a la cual deben concurrir todos los elementos del país” (9).

Tal declaración girada a todos los gobiernos provinciales para contrarrestar el malestar y el desaliento que agitaban el espíritu público en el interior, a la vez que definía la conducta del gobierno central, hizo pensar en un plan represivo rápido y ejecutivo. Los hechos posteriores

(7) En carta dirigida al vicepresidente y fechada en Yataty-Corá el 24 de enero de 1867, le dice: “Así la revolución de Mendoza tiene la misma filiación que la de Catamarca y la de Córdoba, de la que es hija legítima, a lo que han contribuido no poco los malos gobiernos locales, que como en Mendoza, habían llegado a anular el sistema representativo, aboliendo la elección y dando así mayor asidero a la anarquía, proclamando el desorden desde lo alto del gobierno”, en ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, t. VI, pág. 186. Buenos Aires, 1911.

(8) EL CONSTITUCIONAL, Mendoza, 23 de abril de 1867, pág. 1, Col. 4.

(9) EL ORDEN, Jujuy, 10 de enero de 1867, pág. 1, Col. 1.

frustraron la intención de la medida, y desvanecieron las seguridades que alentara.

Paunero realizó su línea de marcha Rosario - San Luis, con una lentitud inexplicable en momentos en que la crisis interna que ya había resquebrajado la estructura política del país, exigía la colaboración inmediata del gobierno para conjurarla, salvando la paz y la unión de la República. En las provincias, el desconcierto ganó los ánimos, y libradas a sus propios y escasos recursos, las operaciones se planificaron aunando intereses y esfuerzos, e identificadas unas con el destino de las otras, se dispusieron a compartir los altibajos de la lucha.

El general Paunero llegó a San Luis el 21 de diciembre; mientras tanto la revolución se había extendido hacia el Norte. Los revolucionarios mendocinos, conducidos por sus principales jefes Juan de Dios Videla, Manuel J. Olascoaga, Pío Flores y Manuel Arias, invadieron San Juan en número de dos mil hombres, después de haber derrotado al Regimiento de Granaderos, comandado por Pablo Irrazábal, en el combate de Luján. El gobernador sanjuanino D. Camilo Rojo, solicitó auxilios al gobierno de La Rioja; desde aquí su gobernador al frente de algunas fuerzas, salió hacia San Juan, delegando el gobierno en su ministro San Román.

#### INVASIÓN DE VARELA

Fue durante esta ausencia cuando se producen en su provincia, y a través de la cordillera, los primeros amagos de la invasión planeada por Felipe Varela desde Chile; apresuradamente se movilizaron fuerzas bajo la dirección del comandante Linares para operar sobre el invasor en Vinchina y Guandacol. La reaparición de las montoneras por los valles andinos fue precedida por una proclama que a manera de declaración de principios difundió el caudillo riojano el 6 de diciembre en marcha hacia territorio argentino<sup>(10)</sup>.

Las correrías de los varelistas provocaron justa alarma no sólo en La Rioja, sino también en las provincias vecinas: Catamarca prepara de inmediato sus elementos de defensa levantando fuerzas en los departamentos fronterizos<sup>(11)</sup>. El gobierno tucumano, temeroso por el peligro que se avecinaba, ofreció su colaboración y ayuda. Con este convulsionado panorama finaliza 1866 y comienza 1867, inaugurándose con la derrota de las fuerzas nacionales en Rinconada del Pocito el 5 de enero, cuando Juan de Dios Varela triunfa sobre las fuerzas sanjuaninas y riojanas, aliadas bajo el mando del gobernador Julio Campos. Desde

(10) Proclama de Felipe Varela, en: ALFREDO GARGARO: *Antecedentes de la Guerra del Paraguay y reacciones en las Provincias*, en TRABAJOS Y COMUNICACIONES, N° 10, pág. 89 y sigs.

(11) Melitón Córdoba, gobernador de Catamarca, al gobernador de La Rioja. Catamarca, diciembre 27 de 1866, en LA REGENERACIÓN, enero 3 de 1867.

Medanito, en retirada hacia San Luis, éste informa, con fecha 9 de enero, al gobernador delegado en forma pormenorizada, sobre la derrota y atribuye el fracaso a la superioridad numérica de los invasores. La desmoralización y el pánico, con su acción disolvente, precipitaron la fuga y dispersión de sus fuerzas (12). Sometida San Juan por los revolucionarios, el centro de gravedad de la reacción se desplazó, efectivamente, hacia La Rioja, mientras partidas varelistas distraían la atención del gobierno riojano y catamarqueño, provocando guerrillas en la región cordillerana; aquí, la suerte fue adversa a la montonera, ya que fue dispersada en Nacimientos, al pie de la cordillera, donde Varela reunía sus hombres, "perfectamente armados y de uniforme colorado", como manifiesta en el parte respectivo el Comandante Exequias Bringas (13).

Simultáneamente, un grupo de montoneros encabezado por el caudillo Ramón Flores invade La Rioja desde Córdoba, siendo dispersado en Paso Cercado por las fuerzas del comandante Ricardo Vera, que operaba en los departamentos de Los Llanos (14). Estos acontecimientos parecían confirmar las noticias de Pedro Lavaysse, quien desde Córdoba, informando al vicepresidente, manifestaba que el gobierno cordobés envía armas y municiones a las montoneras de La Rioja; que la conspiración cuenta con uno de los principales apoyos en Córdoba, donde el gobernador Luque tiene como colaboradores inmediatos a muchas personas de conocida filiación federal, como Simón Luengo, Pío Achával, Agenor Pacheco, los Pizarro, y que es evidente que existe un estrecho entendimiento con Entre Ríos (15). Desde Tucumán el gobernador Posse sigue atentamente los sucesos, y enterado de la derrota sufrida por las fuerzas de Campos, en carta al gobernador San Román delinea un plan de operaciones para el caso en que La Rioja fuera invadida, proponiendo abrir operaciones después que las fuerzas de La Rioja, Catamarca y Tucumán se hayan coaligado (16).

Mientras los hechos consumados obligaban a tomar rápidas decisiones, desde el teatro de los sucesos la nutrida correspondencia de Paunero y los gobernadores del interior, dirigida al vicepresidente, lo informaban minuciosamente sobre el panorama político en las provincias del oeste. El comisionado nacional hace apreciaciones pesimistas sobre los últimos acontecimientos, señalando que el contraste sufrido por Campos

(12) Julio Campos a Guillermo San Román. San Luis, Medanito, 9 de enero de 1867, en LA REGENERACIÓN, enero 18 de 1867, pág. 1, Col. 2.

(13) Comandante Exequias M. Bringas al Comandante José M. Linares. Nacimientos, 8 de enero de 1867, en LA REGENERACIÓN, enero 24 de 1867, pág. 1, Col. 5.

(14) Ricardo Vera al Ministro de Gobierno, Delfín Oliva. Paso Cercado, enero 12 de 1867, en LA REGENERACIÓN, enero 24 de 1867, pág. 2, Col. 1.

(15) Pedro Lavaysse a Marcos Paz. Córdoba, enero 12 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI (en prensa). Publicación encomendada al Instituto de Historia Argentina "Ricardo Levene" de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

(16) Wenceslao Posse a Guillermo San Román, enero 18 de 1867; en LA REGENERACIÓN, enero 22 de 1867, pág. 1, Col. 2.

servirá para que el gobierno pueda apreciar en toda su magnitud "las dimensiones que la revolución alcanza y se despliegan todos los medios y recursos que el gobierno posee". Señala también que, no obstante la mala disposición de los gobiernos de San Luis y Córdoba, se organizan las fuerzas disponibles para actuar en las provincias convulsionadas por la montonera, las que marchan hacia Los Llanos al mando del comandante Irrazábal, quien deberá reunirse con el regimiento de Arístides Coria destacado en Jáchal para iniciar la ofensiva contra Varela. Por su parte, el gobernador San Román transmite también al vicepresidente todas las noticias que reflejan la agitada actualidad de La Rioja; la situación económica de su provincia es desesperante, carece de los recursos más indispensables, siendo, por lo tanto, alarmantes las perspectivas en la lucha contra la reacción; agravan este estado de cosas los desórdenes locales, puesto que se han sublevado las fuerzas de Campos perdiéndose toda la división y, además, ha sido descubierto un plan de conspiración contra el gobierno local. Ampliando sus informaciones con una visión de conjunto que abarca a las demás provincias, señala que Catamarca, amenazada por una invasión desde Bolivia, es una hoguera, y que Córdoba se insurreccionará en la ocasión más propicia <sup>(17)</sup>. Las noticias sucesivas que el vicepresidente y el ministro Rawson reciben van completando el panorama político que presenta el interior, y así, siguiendo atentamente el giro de los sucesos, ambos transmiten al presidente Mitre opiniones, inquietudes y necesidades. Marcos Paz, alarmado por la azarosa situación del país, reclama la presencia del presidente y reprueba la conducta de Paunero, quien ha retardado con su lento desplazamiento el plan de operaciones. El 16 de enero, en carta a Mitre, le dice:

"Siempre he creído que el jefe de un Estado, cualquiera sea su su denominación, no puede abandonar la silla del gobierno por un largo tiempo, sin exponer a su país a dificultades de todo género y a la peor de todas las desgracias: a la anarquía... Usted fue elegido canónicamente por el pueblo argentino para gobernar y no para mandar un ejército; ha llegado el momento de desbordarse la anarquía y abarcar todo el país si no viene usted a tomar la dirección de la cosa pública" <sup>(18)</sup>.

La respuesta de Mitre, fechada en Yataty-Corá el 24 de enero, contiene importantes reflexiones que responden a los planteos y comentarios de la carta de Paz y que, a la vez, revelan, no obstante su ausencia, una acertada apreciación y una total identificación con los problemas de la política interna. "Yo estoy en el puesto que la Constitución, las leyes y el honor de mi país me han señalado", afirma, justificando su alejamiento, pero conjugando sus convicciones personales con los intereses y necesidades de la patria. Señala, después de detallar los auxilios que enviará conducidos por el general Arredondo, "y si fuere necesario iré

(17) Guillermo San Román a Marcos Paz. La Rioja, enero 25 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

(18) Marcos Paz al general Mitre. Buenos Aires, 16 de enero de 1867. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, t. VI, pág. 183.

yo mismo, hasta que la rebelión sea sofocada y castigada, como tiene forzosamente que serlo". Comparte la opinión del vicepresidente respecto a la inoperancia de Paunero <sup>(19)</sup>.

El contenido de esta importante carta proporcionó cierto alivio a los miembros del gabinete nacional, quienes buscando proveer cuanto antes medidas de urgencia, habían girado ya a los gobiernos provinciales la declaración del 19 de enero. Los considerandos de este documento contienen una relación de los principales sucesos que han desencadenado la actual situación, e interpretando el gobierno nacional el alcance de los móviles que han inspirado a los cabecillas de la conspiración, y en previsión de sus funestas consecuencias, declara rebeldes y traidores a la Nación y pasibles de ser sometidos a la justicia nacional, para su enjuiciamiento, a todos aquellos que hayan intervenido en sediciones o participen de la montonera de Felipe Varela <sup>(20)</sup>. Esta medida, que tendía a neutralizar los efectos de los avances de la montonera, dio ocasión para que los gobiernos provinciales hicieran pública su adhesión y solidaridad con las resoluciones del gobierno central, pero más ejecutivos que éste se apresuraron a concertar un plan de acción conjunta para repeler a los sediciosos; el 23 de enero, los gobernadores de Tucumán y Santiago convinieron la forma de proveer a la defensa de las provincias más amenazadas, Catamarca y La Rioja. Al comunicar a los gobiernos vecinos de Salta y Jujuy el propósito de la entrevista, los invitaban a adherirse para obrar de acuerdo en un frente común, en el caso "en que las circunstancias y los acontecimientos no dieran tiempo, como es de temer, a esperar disposiciones directas del jefe de la Nación" <sup>(21)</sup>.

Mientras tanto, el curso de los sucesos demostraba que la vasta insurrección buscaba ganar terreno, y en tanto Varela amenazaba La Rioja, Felipe Saa recorría con su montonera las serranías puntano-cordobesas bajo la mirada complaciente del gobernador Luque. Estos episodios obligaron a Paunero a retroceder desde el Desaguadero hasta donde había llegado a fines de enero, con dirección a Río Cuarto, temiendo que la sublevación lo hiciera perder contacto con el Litoral. El encuentro inevitable con las partidas de Saa se produjo en Pampa del Portezuelo el 31 de enero, y el triunfo favoreció a las fuerzas nacionales; este triunfo permitió al comisionado alcanzar sin dificultades Río Cuarto, que sería el centro de las operaciones militares del Ejército del Interior; aquí esperó la incorporación del general José M. Arredondo. La llegada de este jefe conduciendo auxilios, la reciente derrota de la montonera y el anuncio del próximo arribo del propio presidente a Rosario eran noticias que parecían abrir un claro en el sombrío panorama del interior, donde el nombramiento del comandante Irrazábal como jefe de las fuerzas movilizadas de La Rioja, había alentado también la confianza en

<sup>(19)</sup> Bartolomé Mitre a Marcos Paz, Yatayty-Corá, 24 de enero de 1867. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, t. VI, pág. 185.

<sup>(20)</sup> EL ORDEN, Jujuy, 21 de febrero de 1867, pág. 1, Col. 2.

<sup>(21)</sup> Wenceslao Posse y Absalón Ibarra, al gobernador de Jujuy, Pedro J. Portal; en EL ORDEN, Jujuy, 7 de febrero de 1867, pág. 3, Col. 3.

una segura conjuración del peligro. Sin embargo, los sucesos que sobrevinieron, desvanecieron los cálculos más optimistas. En La Rioja, el 2 de febrero se produjo la sublevación de las fuerzas movilizadas, como violenta manifestación de desagrado por la presencia de Irrazábal en la provincia; en efecto, los riojanos no habían olvidado su participación en la muerte del Chacho y resistían su designación. Como el gobernador San Román huyera a Catamarca, el gobierno cayó en manos de Carlos Angel, adicto a Varela, y a quien ofreció de inmediato su apoyo, quedando así la provincia en manos de los reaccionarios.

La agitación comenzó a recrudecer con estos episodios y con los que se produjeron en otras provincias; la casi simultaneidad de unos y otros denunciaban una peligrosa conexión entre ellos y confirmaban la existencia de un vasto plan revolucionario que contaba con numerosos apoyos en el interior. Por esos días, el periódico oficial de Buenos Aires publicó un artículo delineando el cuadro general país con estas conclusiones nada alentadoras: La Rioja, San Juan, Mendoza, Córdoba, Corrientes y Entre Ríos eran las provincias manifiestamente hostiles al gobierno nacional; en tanto que Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, Santiago y Santa Fe apoyaban su política, especialmente Santiago, considerada como una de las columnas más firmes que sostenía al liberalismo en el interior (22). Días después de publicado este artículo, el 8 de febrero se descubrió en Buenos Aires el plan de una conspiración sobre la cual informó ampliamente LA NACIÓN ARGENTINA en su edición del 9

La correspondencia que por esos días recibió el vicepresidente desde el interior pone de manifiesto que Córdoba era motivo de graves preocupaciones, por cuanto se tuvo noticias de que Felipe Saa había abandonado dicha provincia con dirección al oeste, en evidente connivencia con los rusos de Córdoba, por lo cual se aconsejaba al vicepresidente la ocupación militar de la provincia (23). Mientras estos acontecimientos comprometen la rápida intervención del Ejecutivo Nacional, el gobierno de Santiago establecía en su frontera con Córdoba una división a las órdenes del general Antonino Taboada, en custodia de la integridad territorial de la provincia, según informa el gobernador de Santiago al de Córdoba,

“esta división tiene la misión de observar atentamente el desenvolvimiento de la traición en las provincias vecinas, y sea que los sucesos demanden su cooperación inmediata o que la previsión de lamentables eventualidades exija del general Taboada una actitud conforme con los grandes intereses que amenaza la rebelión triunfante en las de Cuyo, obrará desde luego con energía y resolución, avanzando sobre la provincia del mando de V. E.” (24).

(22) LA NACIÓN ARGENTINA, 31 de enero de 1867, pág. 2, Col. 2.

(23) Cartas de Jerónimo del Barco y Pedro Lavaysse, a Marcos Paz. Córdoba, febrero 9 y 10 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, tomo V.

(24) Absalón Ibarra a Mateo J. Luque. Santiago, 5 de febrero de 1867. *Memorias del Interior, correspondientes a los años 1867 y 1868*, pág. 195.



La nota es categórica y ella originó un serio rozamiento entre ambas provincias; el gobernador Luque manifestó que interpretaría como acto de guerra civil cualquier intervención de las fuerzas santiagueñas en territorio de su provincia y que procedería a repeler enérgicamente toda agresión desde Santiago; la pronta intervención del ministro Rawson solucionó el conflicto, pero Santiago quedó en pie de guerra. Pocos días después, el ministro de Gobierno, Manuel Taboada, salió hacia La Rioja para reunirse con las fuerzas de Catamarca y Tucumán y operar sobre la montonera. La línea de marcha trazada desde Santiago debía tomar, ya en territorio catamarqueño, rumbo hacia el sur hasta la frontera con Córdoba para hacer posible ahí la incorporación de las fuerzas que a las órdenes de Antonino Taboada se mantenían en ese punto para evitar cualquier intento sedicioso desde aquella provincia, y recién entonces entrar en La Rioja y ocupar la capital en cumplimiento de las instrucciones recibidas del Ministerio del Interior con fecha 19 de febrero. Mientras el Ejército del Norte iniciaba su itinerario en cumplimiento de los planes previstos, la montonera de La Rioja era movilizaba por Estanislao Medina, quien procedente de Chile marchó hacia Chilecito y Famatina, desde donde se dirigió a San Blas de los Sauces, casi sobre la frontera con Catamarca, donde se le incorporó Severo Chumbita con gente bien armada. Ambos caudillos marcharon hacia Tinogasta, que había sido ocupada por D. Melitón Córdoba, comandante de armas de Catamarca; el encuentro se produjo el 4 de marzo y fue favorable a la montonera; en el combate murió el ex gobernador catamarqueño y sus fuerzas se dispersaron.

Este triunfo favoreció a la reacción; de inmediato, Varela se movió desde Jáchal por la Pampa del Chañar, en dirección hacia Chilecito, al oeste de La Rioja, para reunirse con Chumbita y Medina. El contraste de Tinogasta no alteró el plan de operaciones y las fuerzas tucumanas y santiagueñas continuaron su marcha hacia el teatro de los sucesos. Mientras tanto, en el norte del país la noticia determinó, en el caso de Salta, la adopción de rápidas medidas de seguridad, disponiendo su gobierno la movilización de las fuerzas necesarias, ya que se temía que los revolucionarios de Catamarca que dominaban los departamentos de Santa María y Belén inmediatos a la provincia, intentarían penetrar por los valles calchaqués<sup>(25)</sup>, y en Jujuy, la noticia causó también preocupaciones, acentuando los temores provocados por las informaciones que procedentes de Bolivia aseguraban que el presidente Melgarejo reclutaba fuerzas con el objeto de invadir territorio argentino<sup>(26)</sup>. Estos acontecimientos incorporaron a las dos provincias del norte al complicado proceso de la lucha contra la montonera; ambas provincias quedaron en pie de guerra.

(25) Benjamín Dávalos, gobernador de Salta, al gobernador de Jujuy, Cosme Belaúnde. Salta, marzo 16 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 1.

(26) Tomás R. Alvarado, ministro de Gobierno de Jujuy, a Marcos Paz. Jujuy, marzo 7 y 8 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

La correspondencia recibida por el gobernador de Jujuy, Belaúnde, de los comandantes de campaña, demuestra que los preparativos bélicos se iniciaron de inmediato: activamente se reunía armas, se formaban contingentes, se arreglaron los caminos para posibilitar la vigilancia y la marcha, se controlaba el tránsito de personas con el propósito de capturar sospechosos, respondiéndose así a la urgencia exigida por el gobierno local en las circulares del 17, 18 y 19 de marzo giradas al interior de la provincia (27). La situación de Jujuy y Salta era, en efecto, grave, tanto o más que la de las provincias donde ya se había desatado la guerra; alejadas del gobierno central por su posición de provincias confinantes, la distancia y las dificultades derivadas de su topografía, retardaban y malograban toda tentativa de ayuda oportuna. Así, aisladas dentro del complejo organismo nacional, quedaron en peligro de inminentes situaciones peligrosas, con el enemigo amenazante desde el otro lado de la frontera. En simultánea y coincidente actitud, resultante de la natural asociación regional que forman, se aseguraron mutuamente los auxilios de armas y hombres que las circunstancias hicieran necesarios en caso de iniciarse una campaña militar contra la montonera (28).

Los decretos del 16 y 18 de marzo contienen las medidas adoptadas por el gobierno jujeño ordenando el enrolamiento de los ciudadanos en la Guardia Nacional, el que debía realizarse en el término de cincuenta días, y la creación en los departamentos de la Puna, Cochinocha, Yavi, Santa Catalina y Rinconada, de cuatro batallones de infantería, para completar así la movilización militar de toda la provincia (29).

Entretanto, la llegada del presidente Mitre a Rosario el 13 de febrero, era un hecho auspicioso que anunciaba la rápida represión de la rebelión, y hacía pensar en que la situación política del país pronto quedaría totalmente despejada. La correspondencia recibida desde Buenos Aires del vicepresidente y de los ministros del Ejecutivo, le proporcionó datos y puntos de mira que le sirvieron para meditar resoluciones importantes y madurar el plan de operaciones que llevaría a la práctica el general Paunero; tal, por ejemplo, la extensa carta que con fecha 16 de febrero le enviara el ministro de Relaciones Exteriores, conteniendo una amplia información sobre la situación actual; todas estas comunicaciones ayudaron al presidente a tomar conciencia de las necesidades más urgentes, condicionando acertadamente sus decisiones a la realidad presente. Sin pérdida de tiempo, el general Mitre redacta las instrucciones que remite a Paunero con fecha 23 de febrero y que contienen el plan de campaña que debía emprender el comisionado nacional.

(27) Comunicaciones recibidas desde Perico del Carmen, San Pedro, Ledesma, Tilcara, Tumbaya, Purnamarca, Valle Grande, con fecha 1º, 4, 5, 7 y 12 de abril. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 2.

(28) Circular del gobernador Belaúnde a los jefes de la Guardia Nacional, del 17 de marzo; en EL ORDEN, Jujuy, 21 de marzo de 1867, pág. 2, Col. 3.

(29) Decretos del 16 y 18 de marzo de 1867. *Registro Oficial de Jujuy*, t. II, pág. 503, Jujuy, 1886.

Después de aludir a los avances de la revolución y sus peligros aprueba las últimas operaciones efectuadas por Paunero al contramarchar desde San Luis hasta Río Cuarto, proponiéndose, tal vez, con esta aprobación, reivindicar el prestigio malherido del comisionado, señalando que con ese retroceso ha salvado la integridad material y moral de sus fuerzas. A continuación pasa a detallar punto por punto el desenvolvimiento del plan: la base de operaciones será Río Cuarto; aquí, en previsión de probables riesgos y de retiradas forzosas, disponía que una columna quedara de reserva al mando del general Conesa y otra, con piezas de artillería, en Fraile Muerto. Complimentados todos los recaudos preliminares, con sus fuerzas, que totalizaban tres mil trescientos hombres, debía cumplir el itinerario trazado por el presidente, operando sucesivamente sobre San Luis, Mendoza y San Juan. Puntualiza expresamente que el objetivo principal de la misión que se le encomienda es restablecer el orden constitucional en las provincias de Cuyo, donde la revolución había sido apuntalada firmemente con figuras claves: Felipe Saa en San Luis; Carlos Juan Rodríguez en Mendoza y Juan de Dios Videla en San Juan; derrocando estos gobiernos revolucionarios caerían los tres principales focos de la insurrección y quedaría abierto el camino para trabajar por la pacificación definitiva. Señala, además, que el Ejército del Norte tendrá que apoyar al del Interior, para concretar lo cual, el general Paunero deberá acordar con Taboada y Rojo todos los detalles que harán posible la realización de las operaciones combinadas, preparadas por la hábil estrategia del general Mitre. Finaliza las instrucciones recomendando la mayor rapidez y actividad en la ejecución del plan<sup>(30)</sup>; compartía con este pensamiento la afirmación de Rawson, quien al concluir su extensa carta del 18 de febrero, le decía: "Lo único que yo puedo es repetir mi opinión de que la celeridad pudo evitar los males y que la celeridad puede curarlos"<sup>(31)</sup>.

Así iniciadas sus actividades como director de la guerra interna y correspondiendo al requerimiento del vicepresidente y de sus ministros, Mitre llegó a Buenos Aires el 26 de febrero, reasumiendo el poder el 6 de marzo<sup>(32)</sup>. El ejército de Paunero abrió operaciones contra la montonera partiendo desde Río Cuarto con dirección a Villa Mercedes,

<sup>(30)</sup> Instrucciones de Mitre al general Wenceslao Paunero; en CARLOS HERAS: Op. cit., pág. 117.

<sup>(31)</sup> En esta importante carta que, sin duda, fue el documento orientador sobre el cual Mitre delineó su plan, el ministro del Interior señalaba la necesidad de recuperar Cuyo, movilizándolo a Paunero cuanto antes: ocupar militarmente La Rioja con fuerzas de Tucumán, Santiago y Catamarca; sugiere movimientos de tropa y proporciona conclusiones sobre el estado actual de la revolución y reclama la presencia del general Mitre en Buenos Aires; en GASPAR TABOADA: *Los Taboada*, t. I, pág. 229. Buenos Aires. 1929.

<sup>(32)</sup> En la proclama dirigida al pueblo argentino en momentos de reasumir el mando, manifestó: "Reasumo, pues, el mando, para dominar la traición, en nombre de la ley, para dar a nuestras instituciones el apoyo del triunfo, no sólo de la fuerza de las armas, sino el de la opinión de los pueblos"; en LA NACIÓN ARGENTINA, marzo 7 de 1867, pág. 1, Col. 5.

donde Felipe Saa tenía su cuartel general. En tránsito por territorio cordobés el gobernador Luque, por intermedio de su ministro Bouquet, prometió toda su colaboración para lograr el pronto restablecimiento de la paz; con la garantía de tales seguridades el desplazamiento de tropas se efectuó sin contratiempos. Hacia fines de marzo Paunero llegó a El Morro, donde recibió noticias de los movimientos del enemigo: Felipe Saa, con sus fuerzas, que suman más de 1.000 hombres, entre los que se cuentan numerosos indios ranqueles, salió de Villa Mercedes con dirección hacia el norte, con la probable intención de alcanzar Mendoza o San Juan, posiblemente para reunirse con su hermano Juan Saa, quien, según circular publicada en San Luis el 29 de marzo, había llegado a Mendoza procedente de Europa el día anterior <sup>(33)</sup>.

Paunero había dividido el ejército en dos columnas, una, bajo su mando, y la otra, a las órdenes del general Arredondo; éste se adelantó para cortar la retirada de Saa. El choque ineludible con la montonera se produjo el 1º de abril en Paso de San Ignacio sobre el Río Quinto. Las tropas revolucionarias, superiores en número a la columna de Arredondo y dirigidas por Juan y Felipe Saa, tomaron la ofensiva, pero la gloria de la jornada correspondió al general Arredondo, quien salvó así el prestigio del Ejército del Interior. Las fuerzas derrotadas se dispersaron, los rebeldes huyeron a Mendoza y cruzaron luego la cordillera buscando refugio en Chile. San Ignacio fue el primer triunfo importante de las fuerzas nacionales; precursor del triunfo definitivo, tuvo repercusión alentadora sobre todo en las otras provincias convulsionadas, donde se empeñaban todos los esfuerzos y recursos para contener la sedición. Los periódicos del interior y LA NACIÓN ARGENTINA de Buenos Aires, publicaron largos comentarios señalando la doble importancia político-militar de este combate. En efecto, San Ignacio permitió iniciar los trabajos de reorganización constitucional; ocupada San Luis por el Ejército del Interior, el comisionado nacional nombró el 6 de abril a D. José R. Lucero y Sosa gobernador provisorio, desempeñando el cargo hasta el 1º de mayo, en que lo reasumió el gobernador propietario Justo Daract, alejado del mando como consecuencia de la dominación de la provincia por la montonera. En Mendoza también fue recuperado el gobierno provincial, que había caído en manos de Carlos Juan Rodríguez; ocupada militarmente la provincia por orden de Paunero, asumió el mando D. Nicolás A. Villanueva, desde el 23 hasta el 27 de abril, fecha en que fue repuesto el gobernador constitucional destituido en noviembre de 1866, D. Melitón Arroyo, y por último, en San Juan, igualmente fue restablecido el orden público con la restitución del gobernador titular, D. Camilo Rojo, quien reasumió el ejecutivo provincial el 19 de abril. Así, con el triunfo de San Ignacio, la pacificación interna empezaba a hacer camino en las provincias de Cuyo, donde la rebelión armada quedó so-

(33) Circular titulada *Importantísima Noticia*. San Luis, marzo 29 de 1867. BIBLIOTECA PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA: *Impresos raros*, armario 4, t. 2, Nº 48.

focada y la montonera expulsada del escenario político, por cuanto el desbande que siguió a San Ignacio hacía imposible su rehabilitación <sup>(34)</sup>.

Mientras tanto, el Ejército del Norte, después del encuentro de Tinogasta, continuó su marcha hacia el sur preparándose para completar la campaña contra los rebeldes; estaba constituido por fuerzas de Catamarca y Tucumán, mandadas por José María del Campo y Wenceslao Posse, y por las de Santiago, bajo el mando de Manuel Taboada, todas bajo la dirección del general Anselmo Rojo, nombrado por el gobierno nacional inspector de armas de las tres provincias, cargo que luego resignó por enfermedad en Antonino Taboada. Ambas columnas entraron en la ciudad de La Rioja a mediados de marzo; en conocimiento de esta ocupación, Varela se puso en movimiento el 26 desde Chilecito. Las fuerzas revolucionarias contaban con número mayor de efectivos que las fuerzas nacionales; el caudillo riojano había logrado reunir cuatro mil hombres, bien armados y equipados y con excelente caballería. Secundaban a Felipe Varela, Chumbita, Elizondo, Alvarez, Carlos Angel y Estanislao Medina, de nacionalidad chilena; se tenía conocimiento, además, que el gobierno de Chile había ayudado a Varela en la formación de su ejército, enviándole dos batallones de línea que en total sumaban setecientas plazas; también llegaron de Chile importantes cargas con pertrechos de guerra <sup>(35)</sup>.

La correspondencia oficial y particular recibida en estos momentos en La Rioja y las noticias recogidas de la prensa chilena, confirmaban la participación activa del gobierno chileno en la preparación de la lucha; quedaba demostrada así su connivencia con los jefes federales y su prevención contra el gobierno argentino. Debemos señalar que esta tirantez en las relaciones de ambos países se había suscitado como consecuencia de la actitud imparcial que asumió nuestro país frente a la guerra exterior que sostenía Chile con España. Sobre la ayuda probable de Urquiza, si bien sería ilustrativa al respecto una carta de Varela dirigida al ministro de Gobierno de Salta, en la que asegura que cumpliendo instrucciones invita a aquel gobierno a adherir a la reacción, es oportuno señalar también, que los caudillos de la montonera acostumbraban invocar el nombre del jefe entrerriano para dar mayor importancia a sus afirmaciones y procedimientos. Señala en esa misma carta, que luchará contra Taboada y luego establecerá su cuartel general en Tucumán <sup>(36)</sup>.

En marcha hacia La Rioja, Varela envió al General Taboada una comunicación intimándolo a desalojar la ciudad, pero el jefe santiagueño tomaba ya todas las disposiciones para la lucha e inició las operaciones ordenando que sus fuerzas tomaran posición de combate en Pozo de

<sup>(34)</sup> Parte de Arredondo, en LA NACIÓN ARGENTINA. Buenos Aires, 11 de abril de 1867, pág. 1, Col. 6.

<sup>(35)</sup> *La victoria del 10*. LA REGENERACIÓN, La Rioja, edición extraordinaria, 14 de abril de 1867. pág. 1, Col. 2.

<sup>(36)</sup> Carta de Felipe Varela al ministro de Gobierno de Salta, D. Francisco J. Ortiz. Alpacinchi, campamento en marcha, 4 de abril de 1867. EL LIBERAL, Tucumán, abril 25 de 1867, pág. 2, Col. 4-5; pág. 3, Col. 1.

Vargas, a dos kilómetros de la ciudad. La batalla tuvo lugar el 10 de abril; la lucha se trabó tenaz y el éxito favoreció al Ejército del Norte (37). Si bien Pozo de Vargas fue una victoria tan importante como la obtenida el 1º de abril por Arredondo, no fue definitiva, porque la indecisión de Taboada al no activar la persecución de los vencidos después de la jornada, impidió que el triunfo diera todos los resultados que de ella se esperaron. Muchos se dispersaron, los principales cabecillas fugaron camino de la cordillera o buscaron asilo en Córdoba, por lo tanto, el brote reaccionario quedó en pie y la amenaza persistía; el presagio de que la paz sería efímera ganó los ánimos y no tardó en hacerse realidad.

#### ULTIMAS CORRERÍAS DE VARELA EN LA RIOJA Y CATAMARCA

Las partidas enemigas se rehicieron rápidamente al pie de la cordillera, porque Varela seguía dominando, no obstante el contraste sufrido, todo el oeste de la provincia, desde Vinchina hasta Guandacol; conocedor de la geografía regional, había buscado en la línea hidrográfica Jagüel-Vinchina, el límite natural de sus dominios. Allí se reorganizaron sin perder contacto con Chile, desde donde recibieron importantes auxilios, gestionados tal vez por los emigrados que después de San Ignacio encontraron amparo en la hospitalidad que tan generosamente les dispensara el gobierno chileno. Prueba de estas relaciones amistosas son las cartas que en su edición del 14 de mayo publicó *EL CONSTITUCIONAL* de Mendoza, una de Juan Saa al intendente de Aconcagua, solicitando permiso para internarse en Chile con cuatrocientos hombres, y la otra es la respuesta a la anterior, donde se le comunica que las autoridades chilenas acceden a su petición (38). Radicados en el país vecino, los jefes derrotados en San Luis acechaban continuamente esperando el momento oportuno para entrar nuevamente en el país; mientras tanto, soplaban el incendio desde el otro lado de la cordillera y allegaban a los gauchos riojanos los elementos necesarios para recuperarse del golpe sufrido en Pozo de Vargas. De esta manera, a principios de mayo las montoneras reaparecieron capitaneadas por los mismos jefes derrotados el 10 de abril y ocuparon la capital. Esta nueva agresión consumada por Elizondo, Salazar y Martínez, obligó al gobernador Dávila a evacuar la ciudad, trasladándose a Catamarca; aquí la alarma había cundido ya,

(37) Relato circunstanciado de Pozo de Vargas; en JACINTO R. YABEN: *Vida militar y política del coronel D. Julio Campos*, pág. 159 v sigs. Buenos Aires, 1949. Partes oficiales de la batalla, firmados por Manuel Taboada, Lucas Ibiry, Emilio Posse y Pablo Irrazábal; en *EL NORTE*, Santiago del Estero, 2 de mayo de 1867, pág. 1, Col. 1-2; pág. 2, Col. 1-2-3. Carta de Emilio Posse al ministro Del Campo; en *EL LIBERAL*, Tucumán, abril 25 de 1867, pág. 3, Col. 3. Sobre la política proteccionista ejercida por Taboada en La Rioja después de Pozo de Vargas; ver FÉLIX LUNA: *La Rioja después de la batalla de Vargas*, en *Revista de la Junta de Historia y Letras de La Rioja*, año V, Nº 3 pág. 61 y sigs., 1946.

(38) *EL CONSTITUCIONAL*, Mendoza, 14 de marzo de 1867, pág. 2, Col. 4.

sobre todo en los departamentos del oeste, Tinogasta y Belén, próximos a la zona de influencia de Varela en La Rioja. Partidas poco numerosas habían comenzado ya sus correrías actuando en forma rápida y sorpresiva y ganando lugares estratégicos para asegurar buenos resultados a sus audaces golpes de mano. Tales hechos demostraban que Varela se empeñaba en llevar adelante el plan de su campaña.

El gobernador de Santiago, Absalón Ibarra, escribió de inmediato al jefe del Ejército del Norte significándole la conveniencia de marchar con todo o parte del ejército para concluir definitivamente con los perturbadores del orden en aquellas provincias<sup>(39)</sup>. Debemos señalar que Taboada había iniciado su marcha alejándose del escenario de los sucesos a fines de abril, porque entendía, según afirma en carta del 28 dirigida a su hermano Manuel, que hallándose pacificadas las provincias de Catamarca y La Rioja, se hacía innecesario el mantenimiento por más tiempo de las fuerzas que habían participado en la campaña, por lo tanto, las restituía al gobierno de Santiago, disponiendo su regreso<sup>(40)</sup>. Sin duda, la realización de elecciones ese mismo día 28, en virtud de las cuales resultó electo D. Cesáreo Dávila, inspiró la afirmación que transmitía al ministro sobre una pacificación consumada. Los hechos posteriores invalidaron tal apreciación y convencieron al gobernador de Santiago de que la obra no se había concluido aún. Taboada solicitó el auxilio de la división tucumana, reorganizó sus tropas y emprendió el regreso, mientras los grupos de montoneraalzada continuaban sus saqueos apoderándose de puntos importantes, como Tinogasta y Chilecito.

En Catamarca el gobernador Espeche había sido destituido el 7 de mayo por un motín en el cual tuvieron activa participación varios cabecillas de la rebelión. En La Rioja, el gobernador Dávila debió abandonar por segunda vez, el 29 de mayo, la capital, que continuó en poder de los reaccionarios hasta los primeros días de julio. Los primeros que salieron a combatir la reacción fueron los comandantes de campaña; la suerte de las armas fue favorable unas veces y adversa otras; la resistencia contra un frente de lucha tan extenso y ante un enemigo que se desplaza tan rápidamente atacando y fuzando precipitalmente se hizo muy penosa. "En estos momentos, dice EL ECO DE CÓRDOBA, el oeste de la República no es más que una hoguera mal apagada que puede arder e inflamarse fácilmente al impulso de las agitaciones"<sup>(41)</sup>. La apreciación era exacta. El 16 de junio, mientras el comandante Iseas vigilaba los Llanos de La Rioja, donde efectuaban corridas los rebeldes de Elizondo, los comandantes Barros y Linares fueron derrotados por el caudillo chileno Medina, uno de los más hábiles y eficaces colaboradores de Varela, en la cuesta de Sañogasta. Este triunfo permitió al caudillo con-

(39) Absalón Ibarra al general Antonino Taboada. Santiago, mayo 10 de 1867; en EL NORTE, mayo 12 de 1867, pág. 3, Col. 3.

(40) Antonino Taboada a Manuel Taboada, ministro de Gobierno de Santiago. Cuartel General La Rioja, 28 de abril de 1867; en GASPARD TABOADA, op. cit., pág. 142.

(41) EL ECO DE CÓRDOBA, junio 26 de 1867, pág. 3, Col. 1.

servar el dominio de la ciudad capital, convertida en centro de su campo de acción. A dos meses de su derrota, Varela lograba que la reacción se mantuviera aún en pie, alentando todavía la intención de dominar toda La Rioja, como lo manifiesta en la proclama dirigida a los riojanos el 20 de junio:

“... Ahora que el destino me ha deparado la ventura de tomar posesión de este pueblo, es todo mi anhelo emanciparlo de ese pesado y denigrante yugo que tan ignominiosamente ha gravitado sobre los intereses de toda una República” (42).

El general Taboada destacó partidas para cortar el camino a las guardías avanzadas de Varela e impedir que le lleven avisos sobre la aproximación del ejército; este recurso le permitió atacar sorpresivamente al caudillo y tomar posesión de La Rioja sin dificultades. En efecto, el 6 de julio entró en la capital y el 7 el comandante Maldonado alcanzó a las fuerzas acaudilladas por Varela en la cuesta de Chilecito; el enemigo había tomado posiciones ventajosas, lo que le permitió ofrecer tenaz resistencia, pero resultó finalmente vencido y se dispersó en todas direcciones (43). Los hechos ocurridos revelaban claramente cuáles eran los objetivos de los planes de los caudillos: Varela debía persistir en la tentativa de apoderarse de La Rioja y Catamarca, porque ganadas estas provincias por la reacción se abría la posibilidad de recuperar por el sur Cuyo y de someter las provincias del norte invadiendo desde Bolivia a Jujuy y Salta. Esta última etapa del plan correría por cuenta de Saa, quien desde Chile y Bolivia no descuidaba los preparativos. Quedaba también en descubierto la indudable ayuda y complicidad de muchos emisarios que dentro del país actuaban al servicio de la reacción en distintas provincias tratando de conseguir puntos de apoyo en el interior, promoviendo conflictos locales con el propósito deliberado de distraer tiempo y recursos a las fuerzas nacionales.

Tal fue el caso de la frustrada amenaza de invasión a Tucumán planeada por Aniceto Latorre desde Salta y puesta en ejecución por Isidoro López a fines de abril, mientras simultáneamente la montonera se rehabilitaba después de Pozo de Vargas, para volver al ataque. Isidoro López fue derrotado en Trancas cuando intentaba penetrar en Tucumán (44), y Aniceto Latorre en las ciénagas del Bañado, provincia de Salta, en los primeros días de mayo, dispersándose todas las fuerzas de los revoltosos. El gobernador Posse destacó de inmediato una división de cuatrocientos hombres para perseguir a los invasores y también

(42) Proclama de Varela; en EL NORTE, julio 18 de 1867, pág. 2, Col. 2.

(43) Parte del Comandante del Escuadrón de Abastecedores, José del C. Maldonado, al general Taboada. Cuesta de Chilecito, julio 7 de 1867. Señala que resultaron nueve muertos, treinta prisioneros; se apoderaron de una bandera punzó y blanco con las siguientes inscripciones: “¡Viva el Batallón Riojano! ¡Constitución o Muerte! ¡Viva la Unión Americana! ¡Viva el ilustre General Justo J. de Urquiza! ¡Abajo los negreros traidores a la patria! LA REGENERACIÓN, julio 14 de 1867, pág. 1, Col. 1.

(44) EL LIBERAL, Tucumán, mayo 5 de 1867, pág. 1, Col. 2.



Santiago movilizó fuerzas para vigilar la frontera con Salta e impedir así que ambas provincias quedaran encerradas entre dos fuegos como parecía ser el propósito de los sediciosos (45).

Según los periódicos del interior y también de Buenos Aires, uno de los principales resortes que impulsaba la marcha de la revolución era el gobierno de Córdoba. La prensa periódica venía señalando con cierta insistencia su conducta infidente. Esta situación dio lugar a que el gobierno nacional expidiera, con fecha 3 de mayo, un acuerdo firmado por el presidente Mitre y refrendado por el ministro Rawson, donde después de puntualizar los cargos que comprometían seriamente al gobierno cordobés y probaban su deslealtad, resolvía nombrar un fiscal especial en la provincia para procesar a los desertores del Ejército del Interior, quienes encubrían su identidad amparados por el gobierno de Luque, y a los cómplices de los revolucionarios, para quienes Córdoba era una verdadera base de sustentación (46). También el ministro de Guerra se dirigió a Luque, con fecha 4 de mayo, desde Rosario, manifestándole estar informado de la actitud asumida por su gobierno frente a la rebelión y de los procedimientos aplicados para favorecerla. Pide le sean remitidos todos los desertores de los distintos cuerpos, actualmente en servicio en el piquete de plaza de la ciudad (47). El gobierno de Córdoba rechazó tales imputaciones por conceptuarlas falsas, pero el entredicho quedó en pie y puso distancia entre ambos gobiernos.

Obtenido el triunfo de Chilecito el 7 de julio, las fuerzas de Taboada fueron auxiliadas por varias divisiones del Ejército del Interior que salieron desde San Juan y San Luis, y también un contingente de Catamarca, en marcha convergente hacia el lugar de la lucha, con el propósito de colaborar en la persecución de la montonera que, vencida, se había desbandado por las serranías riojanas. De inmediato, Taboada trazó un plan para actuar enérgicamente, disponiendo que la división de Arredondo, compuesta de cuatrocientos cincuenta hombres y procedente de San Juan, operara sobre Famatina, donde se había refugiado Varela; la de Irrazábal, que había partido de Jáchal con seiscientos efectivos, actuará sobre el mismo punto en previsión de una resistencia imprevista por parte del caudillo; la de Navarro, recientemente nombrado jefe de la división, compuesta por fuerzas de Salta y Catamarca, seguirá hacia Tinogasta, donde había entrado Medina, y, finalmente, Taboada marchará hacia los Sauces e Iseas recorrerá Los Llanos; con esta distribución estratégica se trataba de evitar todo posible acercamiento de los distintos grupos dispersos, para debilitarlos y darles el golpe de muerte dentro del país, cortando toda conexión con los rebeldes emigrados en Chile.

(45) Absalón Ibarra a Wenceslao Posse. EL NORTE, Santiago, mayo 5 de 1867. pág. 2, Col. 2.

(46) Acuerdo del Gobierno Nacional. Buenos Aires, 3 de mayo de 1867. EL ECO DE CÓRDOBA, mayo 18 de 1867. pág. 2, Col. 3.

(47) Julián Martínez, ministro de Guerra, al gobernador de Córdoba. Rosario, mayo 4 de 1867; en EL ECO DE CÓRDOBA, mayo 16 de 1867, pág. 1, Col. 4.

haciendo fracasar así la posibilidad de invadir territorio argentino por el norte, según planes de Saa (48). De acuerdo con los informes de los jefes en marcha (49), las partidas de Varela trataban de reconcentrarse en Tinogasta con el propósito de tomar camino hacia Chile por el oeste de Catamarca para luego entrar en Bolivia para incorporarse a las montañas de Saa. Los movimientos de este caudillo eran seguidos desde aquí atentamente de acuerdo con las informaciones aportadas por cartas oficiales y confidenciales. El 10 de junio se había embarcado en Valparaíso, rumbo a Cobija en territorio boliviano (50), juntamente con los caudillos vencidos en las provincias de Cuyo, habiendo despachado simultáneamente con el mismo destino dos barcos con trescientos soldados y gran cantidad de armas y pertrechos de guerra, todo lo cual demostraba que los emigrados argentinos contaban con los recursos materiales suficientes para llevar adelante sus planes de reacción, y poniéndose de manifiesto una vez más la tolerancia con que los gobiernos de Chile y Bolivia permitían tales preparativos bélicos (51). A Cobija llegó el 30 de junio, siendo recibido por las autoridades bolivianas con un saludo de veintiún cañonazos, permitiéndosele desembarcar soldados, caballos y armas para organizar la invasión (52). Desde allí Saa envió a Antofagasta algunos oficiales y tropas para ir tomando posiciones favorables y adelantando las operaciones, mientras él marchó hacia Calama permaneciendo en ese punto hasta mediados de julio; aquí esperó antes de continuar su viaje, noticias de La Rioja, y recibió las del contraste de Varela en Chilecito. Estas informaciones probablemente lo decidieron a continuar su viaje hacia Potosí (53), adonde llegó el 26 de julio con el propósito de continuar hasta La Paz para entrevistarse con el presidente Melgarejo, a los efectos de gestionar la ayuda del gobierno boliviano.

Todas estas noticias alertaron a los gobiernos de Jujuy y Salta, tomándose inmediatamente medidas represivas principalmente en la línea

(48) LA REGENERACIÓN, julio 21 de 1867, pág. 2, Col. 4.

(49) Octaviano Navarro a Antonino Taboada. Campamento en la Aguada, julio 28 de 1867. EL ECO DE CÓRDOBA, agosto 10 de 1867, pág. 2, Col. 3.

(50) El tratado de 1866 firmado entre Bolivia y Chile establecía como límite internacional el paralelo de 24° L. S. Ver: GONZALO BULNES: *Guerra del Pacífico*, t. I, pág. 18 y sigs. Valparaíso, 1912.

(51) Wenceslao Paunero al gobernador de Santiago. San Juan, julio 19 de 1867. Copia. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3. Sisto Ovejero a Cosme Belaúnde. Salta, 15 y 16 de julio de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3. Gregorio Beeche, de la Legación Argentina en Chile, al gobernador de Salta y al comisionado nacional. Santiago de Chile, junio 16 de 1867; en EL ORDEN, Jujuy, 8 de agosto de 1867, pág. 1, Col. 3. Mariano Sarratea, cónsul argentino en Valparaíso, a Marcos Paz. Valparaíso, junio 22 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

(52) Cosme Belaúnde al gobernador de Santiago. Jujuy, julio 26 de 1867; en EL ORDEN, agosto 8 de 1867, pág. 2, Col. 3.

(53) Sisto Ovejero a Cosme Belaúnde. Salta, julio 20 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3. N. N. a N. N. Potosí, julio 27 de 1867; en EL ORDEN, Jujuy, agosto 8 de 1867, pág. 1, Col. 1.

de frontera. La situación era incierta para las provincias del Norte; se estaba frente a un vasto plan de invasión que amenazaba atacarlas en movimiento envolvente: desde Catamarca, las partidas de Varela; por el oeste, las fuerzas de Saa, y desde el norte se temía que la probable ayuda que les dispensaría Melgarejo posibilitara la entrada de tropas enemigas. La ejecución de este plan evidentemente dependía, en gran parte, de la actuación de Varela en La Rioja: si éste lograba realizar el esfuerzo de mantener la reacción en pie, podría apoyar desde Catamarca el asalto de las partidas de Saa desde Bolivia, pero si no lograba neutralizar la agresión de las fuerzas nacionales, no podría prolongar su permanencia en territorio argentino y el plan variaba en parte: Varela debería huir hacia Bolivia para reunirse con Saa e iniciar recién desde ahí las operaciones sobre Salta y Jujuy, tal como ocurrió finalmente.

Los gobiernos de ambas provincias tomaron de inmediato las precauciones del caso, aprontaron los elementos disponibles para organizar la defensa, impedir la entrada del enemigo y evitar que los episodios de Cuyo se repitieran ahora en el norte. La vigilancia que imponía la necesidad de conocer los movimientos de los invasores en las zonas fronterizas demandaba hombres bien dispuestos y mejor armados. Al respecto debemos señalar que la buena disposición de las fuerzas movilizadas puso en salvaguardia lo que la falta de armas pudo menoscabar, el patriotismo, tal como se desprende de un párrafo de carta del gobernador Belaunde a Sisto Ovejero, cuando aludiendo a la situación de la provincia frente a la amenaza de Saa, señala que pronto estará en condiciones de batirlo.

“Cuento para esto, dice, con la decisión entusiasta de toda la campaña, porque pacífica ésta como es y decidida a sostener el orden, no omitirá sacrificio por caro que sea para conservarlo inalterable” (54).

Con la celeridad que las circunstancias requerían el gobernador de Jujuy despachó al comandante Félix Alvarez Prado hacia los departamentos de la Puna, para recorrer la frontera con Bolivia y observar los movimientos que pudiera operar el invasor tanto en territorio de Jujuy como de Salta, e informar al gobierno con la oportunidad debida. Para asegurar el buen éxito de las medidas adoptadas, Belaunde solicitó con urgencia a Tucumán armas y municiones, mientras ponía en conocimiento del ministro de Guerra la afligente situación de la provincia, expuesta por la falta de armas a una lucha desigual (55). No obstante todos

(54) Cosme Belaunde al gobernador de Salta. Jujuy, julio 24 de 1867; en EL ORDEN, agosto 8 de 1867, pág. 1, Col. 2.

(55) En carta al gobernador de Santiago, comenta que no desistirá del intento de escarmentar a los traidores por la escasez de armas, “porque en último caso, dice, con piedras hemos de pelear antes que consentir que en nuestra provincia cometan las depredaciones y vergonzosos excesos que en las de Cuyo”. Jujuy, julio 26 de 1867. EL ORDEN, Jujuy, 8 de agosto de 1867, pág. 2, Col. 3. Cosme Belaunde al ministro de Guerra y Marina. Jujuy, julio 26 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

los inconvenientes y dificultades que debió afrontar, Jujuy estaba dispuesta a defender la paz y el orden constitucional. Entretanto, Salta también activaba sus preparativos; el coronel Pedro José Frías fue designado jefe de las fuerzas que debían maniobrar en los valles calchaquíes, para cortar la incursión que desde Antofagasta proyectaba realizar Juan Saa.

Mientras la agitación se extendía y ganaba terreno en las provincias del norte, en La Rioja, no obstante las operaciones dirigidas por Taboada con la colaboración de las fuerzas de Arredondo y Navarro, la montonera no pudo ser destruida definitivamente como lo esperaba el gobierno nacional en resguardo de los intereses generales y de la pacificación de la Nación: Varela había logrado rehuir combate huyendo hacia Bolivia en los primeros días de agosto con cerca de mil hombres. Estos sucesos provocaron grave preocupación en los gobiernos vecinos, pues las fuerzas movilizadas eran lo suficientemente numerosas como para poner fin a las correrías de la montonera y animaron al vicepresidente a afirmar que justamente el exceso de fuerzas fue lo que entorpeció la acción efectiva que todos esperaban del Ejército del Norte; en carta a Mitre expresaba:

“Es indispensable confiar en la inteligencia y capacidad de los jefes superiores de las fuerzas destinadas a la persecución de los montoneros, y debo manifestar a Usted que en estos últimos tiempos tales jefes no han respondido a las esperanzas del Gobierno, creyendo como creo que el desconcierto que ha habido en ellos y su falta de unidad de acción para perseguir con éxito a Varela y demás cabecillas, es quizá debido a que había demasiados generales para tan pocos montoneros, y a que cada uno ha marchado por su cuenta y riesgo” (56).

Las operaciones se habían convenido de acuerdo con las directivas impartidas por Taboada, pero ya en el lugar de los hechos y lejos del general en jefe, cada uno actuó ajustándose a las exigencias del momento, y desconectándose del plan general, tal como lo explicaba Marcos Paz. Faltó acción conjunta, las fuerzas se distrajeron en la persecución de grupos sin importancia, dispersándose entre sierras y llanos y haciendo fracasar los móviles inmediatos del plan. Los contingentes de fuerzas nacionales habían ocupado posiciones ventajosas: en Los Llanos los comandantes Vera e Iseas; en Chilecito el coronel Arredondo; Irrazábal en Vinchina, y Navarro en San José, provincia de Catamarca; con esta ubicación las partidas enemigas quedaron prácticamente encerradas y buscaron salida prontamente por Catamarca, vía Tinogasta hacia Bolivia. Para evitar la fuga, Arredondo inició la persecución de la montonera llegando hasta Monteros, al norte de Tinogasta, desde donde desprendió la división de Irrazábal, quien hostilizó al enemigo hasta Saugil, mientras Varela alcanzaba Nacimientos, al oeste de la provincia, para ganar la frontera y tomar rumbo hacia Antofagasta. Pero tanto Arredondo como Irrazábal abandonaron la persecución retornando a La Rioja imprevi-

(56) Marcos Paz a Mitre. Buenos Aires, setiembre 25 de 1867. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, t. VI, pág. 256.

tamente; esta decisión de ambos jefes originó enérgicas protestas del gobierno riojano, y también del gobierno nacional, aunque Arredondo justificó su actitud declarando haberla adoptado ante la escasez de los elementos necesarios para proseguir la marcha. Mientras Arredondo retrocedía hacia La Rioja, Taboada, considerando innecesaria la permanencia de las fuerzas de su mando en esta provincia, por juzgarla totalmente pacificada, disponía que el Ejército del Norte avanzara sobre Catamarca para acudir con mayor rapidez a la defensa de Salta, amenazada por los rebeldes, disponiendo que en la ciudad capital sólo quedara una pequeña guarnición de línea de las fuerzas que Iseas tenía en Los Llanos <sup>(57)</sup>. Todas las medidas adoptadas y los procedimientos aplicados, revelaban cierta incertidumbre y decaimiento del espíritu de lucha en los defensores de la causa nacional.

El panorama del momento era incierto sobre todo en el norte del país, situación que no pasó inadvertida para el propio Varela, quien comprendió que había llegado la oportunidad de cerrar con éxito su campaña, como se desprende de las manifestaciones contenidas en carta a Aniceto Latorre, donde le dice: "el poder enemigo no está fuerte, con un pequeño esfuerzo de los hijos de la patria, se salvará nuestro país" <sup>(58)</sup>. Por eso, si bien las fuerzas rebeldes se habían alejado del país, el peligro no había desaparecido, por el contrario, el alejamiento de Varela prolongó la campaña hacia Jujuy y Salta.

#### CAMPAÑA DE VARELA EN EL NORTE

A mediados de agosto, fuerzas salteñas habían ocupado puntos estratégicos en los departamentos de Cachi y Molinos, pues se sabía por declaraciones de los prisioneros tomados por las partidas de observación, que Varela pensaba invadir por los valles Calchaquíes, presumiéndose que tal intentona se efectuaría en combinación con los rebeldes de Saa que se encontraban en Potosí <sup>(59)</sup>. Los gobiernos de ambas provincias, como ya hemos señalado, adoptaron de inmediato medidas de precaución, pero la falta de armas dificultó precisamente los preparativos, anticipando a la vez conclusiones alarmantes sobre los resultados de la lucha. Salta, a punto de ser invadida, solicitó al gobierno nacional y también al de Jujuy, el envío de elementos para la guerra. El gobernador Belaúnde atendió rápidamente tal solicitud, reuniendo un contingente

<sup>(57)</sup> EL CONSTITUCIONAL, Mendoza, agosto 20 de 1867, pág. 2, Col. 1-2-3. Cartas de Antonino Taboada al ministro de Guerra, al general Paunero, al coronel Iseas; en LA REGENERACIÓN, La Rioja, agosto 22 de 1867, pág. 1, Col. 4-5. N. N. a N. N. EL ZONDA, San Juan, agosto 22 de 1867, pág. 2, Col. 3.

<sup>(58)</sup> Felipe Varela a Aniceto Latorre. Antofagasta, agosto 18 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

<sup>(59)</sup> Sisto Ovejero a Cosme Belaunde. Salta, agosto 13 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3. EL ECO DE CÓRDOBA, setiembre 21 de 1867, pág. 2, Col. 2. EL NORTE, Santiago, setiembre 29 de 1867, pág. 2, Col. 3; octubre 6, pág. 2, Col. 1.

que personalmente condujo hasta la provincia vecina. Los montoneros comenzaron a abrirse camino desde Antofagasta a fines de agosto; las primeras avanzadas que dirigió el caudillo sobre Salta, fueron directamente hacia los valles de Molinos. Aquí el comandante Frías, dispuesto a rechazar la ofensiva, se adelantó con seiscientos hombres hasta Amaicha, donde el 29 de agosto se produjo el encuentro con un contingente al mando de Elizondo; a poco de iniciarse las primeras cargas, las fuerzas salteñas se desbandaron desordenadamente; se perdieron hombres y armas, la dispersión fue completa y la desmoralización total. Con este primer golpe de mano los invasores despejaron su camino y después de entregarse al saqueo de los valles, donde depredaron y robaron impunemente, prepararon el asalto a la capital.

Con la sorpresa de Amaicha se inició la campaña de Felipe Varela en el norte; la montonera logró hacer pie en territorio argentino y durante dos meses sus partidas hostilizaron Salta y Jujuy, tomando ambas capitales, y refugiándose luego a través de la Quebrada de Humahuaca, en territorio boliviano. En su correspondencia con los gobernadores de Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero y con el vicepresidente, Sisto Ovejero, impuso minuciosamente a sus colegas sobre la situación indefensa de Salta por la falta de armas, señalando que el peligro pudo conjurarse a tiempo, si el gobierno nacional hubiera atendido oportunamente los pedidos de auxilio formulados por el gobierno salteño.

El gobernador delineó sus planes inmediatos; decidió mantenerse en la capital e iniciar una guerra de recursos en la campaña, hasta tanto lleguen las fuerzas y los elementos solicitados. Los gobiernos provinciales comprendieron que el fermento revolucionario amenazaba desbordar territorio salteño y perturbar el orden público en todas las provincias circunvecinas; rápidamente tomaron medidas para posibilitar la acción efectiva del gobierno de Salta en la guerra defensiva que debía afrontar. Una vez más el peligro común propiciaba el acercamiento generoso de los pueblos del interior, siempre hermanados frente a la actitud un tanto sórdida del gobierno nacional.

El 2 de setiembre salió el general Navarro con una división compuesta de mil plazas, desde Tinogasta con dirección a Cafayate y San Carlos, al sudoeste de Salta, para reforzar las fuerzas que operaban en los valles al mando del coronel Cornejo, y cortar la marcha de los gauchos varelistas hacia la capital. Navarro entró en territorio salteño a mediados de setiembre, y dirigiéndose hacia Molinos inició la persecución de Elizondo, quien trataba de cubrir el avance de las fuerzas de Varela. El caudillo había alcanzado la frontera con Salta el 26 de setiembre, y desde aquí escribió a Elizondo comunicándole que en conocimiento de la aproximación de la división de Navarro, apresurará la marcha para reunírsele en Molinos, antes de que llegue aquél, pues no quiere exponer batalla hasta que no se hayan reunido todas sus partidas <sup>(60)</sup>. También

(60) Felipe Varela a Sebastián Elizondo. Campamento en marcha. Cerro Gordo, setiembre 26 de 1867. EL NORTE, octubre 13 de 1867, pág. 3, Col. 3.

Tucumán había movilizado su división auxiliar compuesta de mil quinientos hombres, pero estas fuerzas debieron contramarchar por indicación del gobernador Ovejero, quien estimaba que con la cooperación de la división jujeña y la de Catamarca se hacía innecesaria la concentración de tantas fuerzas <sup>(61)</sup>. La cooperación del gobierno jujeño fue inmediata, aunque debieron sortearse grandes dificultades derivadas de la escasez de recursos, lo cual obligó al gobierno a abrir una suscripción pública para poder atender los primeros gastos que demandó la movilización de la tropa, compuesta por seiscientos hombres de las dos armas. Esta se puso en marcha hacia Salta el 3 de setiembre a las órdenes del gobernador Belaunde, quien por decreto del gobierno salteño fue designado Comandante en Jefe de todas las fuerzas movilizadas. Buscando reunirse con la división jujeña, el gobernador de Salta se había dirigido a Lagunillas, al norte de la ciudad, pero imprevistamente debió regresar a marchas forzadas, porque las últimas noticias recibidas de los departamentos del oeste adelantaban que Varela se dirigía precipitadamente a saquear Salta, noticias que no pasaron de falsa alarma. Sin embargo los ánimos no se aquietaron, pues la inminencia de la invasión, la derrota de Frías, las comunicaciones alarmantes recibidas desde los Valles y el movimiento de tropa iniciado dentro y fuera de Salta habían creado un clima pleno de inseguridad, incertidumbre y peligro; el desaliento y el temor habían decidido a muchos habitantes de la ciudad, a abandonarla, alejándose en grupos numerosos hacia distintos rumbos. Un interesante artículo aparecido por esos días en EL ORDEN de Jujuy, describe detalladamente estos episodios:

“Casi todas las principales familias, dice el articulista, salieron emigradas para ésta, para Tucumán, para los montes, en fin, pagando algunos quinientos y más pesos por el alquiler de un carruaje, saliendo otros a caballo, a burro y a pie. Algunos notables ciudadanos apenas llegaron a esta capital se pasaron para Bolivia, expresando francamente que no se encontrarían seguros hasta no verse en Tupiza, Tarija y otros puntos así tan lejanos” <sup>(62)</sup>.

No obstante la confusión y el desorden imperante, los planes defensivos se llevaban adelante y tanto como la agresión a Salta preocupaba la amenaza de invasión a Jujuy, si bien la correspondencia procedente de

<sup>(61)</sup> Sisto Ovejero a Marcos Paz. Salta, setiembre 25 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI. “Es afligente, dice, que una miserable montonera haya ocasionado la movilización de tantas fuerzas.” Señala que la causa de tantos desastres es la carencia de armas; la inexplicable retirada de Arredondo, “cuando desde Tinogasta emprendió la persecución de la montoneras, retrocediendo luego, cuando iban en estado de desbandarse. La no menos inexplicable permanencia del general Taboada en La Rioja y de Navarro en Tinogasta, por tan largo tiempo, como si se hubieran propuesto arrojar la montonera precisamente sobre la provincia más desarmada”. Decreto del gobernador Ovejero, Cuartel general en Lagunilla, setiembre 2 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(62)</sup> EL ORDEN, Jujuy, 26 de setiembre de 1867, pág. 1, Col. 1; 3 de octubre, pág. 1, Col. 2.

Bolivia hacía saber que Melgarejo no había hecho aún efectiva su ayuda a Saa, tal como se preveía, no obstante existir, tal como lo afirmaba el cónsul boliviano en Salta, un convenio secreto entre Bolivia y Chile, en virtud del cual ambos países se comprometían a auxiliar con armas, municiones y dinero a los revolucionarios. En Jujuy, durante todo el mes de setiembre y se agilizaron los aprestos militares, tanto en la ciudad como en la campaña. En la ciudad fueron movilizados todos los vecinos sin distinción de cargos ni posición para cumplir, por riguroso turno, el servicio de patrulla y preservar así al pueblo de cualquier desorden sorpresivo. Entre los vecinos más caracterizados que concurrieron a cumplir con este patriótico quehacer, figuraron según la crónica periodística el presidente y miembros de la Legislatura, como así también los funcionarios del Poder Judicial y hasta el mismo gobernador. El requerimiento de tales servicios a vecinos tan representativos, es una nota que revela la situación penosa e insostenible que sobrevino como consecuencia de la guerra de la montonera; las penurias y apremios fueron superados, a falta de recursos y elementos adecuados, con esa prestación generosa, abnegada y patriótica del pueblo jujeño. En la campaña, sobre todo en los departamentos limítrofes con Bolivia, se cumplían tareas de vigilancia por medio de partidas avanzadas, listas para repeler cualquier intento de invasión desde territorio boliviano, salvándose así la libertad y tranquilidad de la provincia y de la República.

Por las numerosas comunicaciones dirigidas al gobernador Belaunde, podemos afirmar que toda la provincia se preparaba para una guerra que se presentía próxima <sup>(63)</sup>. El entusiasmo y el desprendimiento con que muchos vecinos donaron armas, dinero y hasta ofrecieron su servicio personal, movió a decir al gobernador delegado Tomás R. Alvarado en carta a Belaúnde:

“El entusiasmo ya parece rayar en fanatismo. No me dan lugar para hacer nada, lo que a cada momento se me presentan ofreciéndose personalmente y cuanto tienen sin reserva” <sup>(64)</sup>.

Todo este esfuerzo que demandaba la seguridad de la provincia, recibió un empuje alentador cuando se supo que el gobernador Belaunde con su división había entrado en Salta el 9 de setiembre; la presencia de las fuerzas jujeñas renovó en el pueblo salteño la confianza en el triunfo y la esperanza de aniquilar a la montonera invasora que pretendía avasallar todo cuanto se oponía a su marcha devastadora <sup>(65)</sup>. Mu-

<sup>(63)</sup> Comunicaciones recibidas desde Humahuaca, Tilcara, Ledesma, Valle Grande, Huacalera, Santa Catalina, Yavi, Rinconada, Cochinoca, adhiriendo a las instrucciones cursadas por el gobierno. Setiembre de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(64)</sup> Tomás R. Alvarado a Cosme Belaunde. Jujuy, setiembre 5 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(65)</sup> Cosme Belaunde a Tomás R. Alvarado. Salta, 9 de setiembre de 1867. En uno de sus párrafos expresa: “A la presencia en esta Plaza de la respetable División que forman las fuerzas de infantería y caballería de las dos provincias, este pueblo, que una hora antes parecía un desierto, se



chos indicios y muchas noticias ciertas hacían pensar que Varela aún no se había movido de Antofagasta, y que sólo Elizondo y Guallama maniobraban desde Molinos sobre San Carlos y Cafayate, para dominar primeramente los Valles y recién avanzar hacia la ciudad; podía ocurrir también, según aprecia el gobernador Belaunde desde el escenario de los sucesos, que Elizondo buscara a la división del coronel Cornejo que operaba en los departamentos de la Puna, o bien que se internara en Bolivia, siendo factible también un ataque inesperado a Jujuy por la Puna, por esto recomendaba expresamente se refuerce la vigilancia en los departamentos del sur y sudoeste de la provincia. Mientras envía estas instrucciones a Jujuy, en Salta traza el plan de defensa, contenido en carta al coronel Manuel Puch, jefe de la vanguardia: disponía la concentración de fuerzas en la Quebrada de Escoipe, mientras un contingente debía situarse en Guachipas, al sur de aquel punto, para evitar la posible fuga del enemigo <sup>(66)</sup>. Pero ya las fuerzas de Elizondo y Guallama se habían adelantado a estos proyectos y recorrían la Quebrada de Escoipe con el propósito de adelantar el reconocimiento de la región para realizar, llegado el momento oportuno, el avance directo hasta Chicoana. Esta era una operación muy importante para los rebeldes, por cuanto tomada esta villa se ponían en camino hacia Salta, vía Rosario de Lerma-Cerrillos. Esta situación obligó a modificar parcialmente los planes de Belaunde, por cuanto fue necesario concentrar mayor número de fuerzas en algunos puntos de la Quebrada para vigilar atentamente los movimientos de las partidas enemigas; éstas, sin embargo, lograron burlar dicha vigilancia y se entregaron por completo al saqueo y robo de ganado en las estancias inmediatas, para el aprovisionamiento, pues Elizondo evidentemente esperaba, establecido en Cachi, la incorporación de Varela para iniciar el ataque; mientras tanto ordenó a sus descubiertas distraer al enemigo en San Carlos, Cafayate y Escoipe, evitando empeñar combate y batirse en retirada ante cualquier situación peligrosa <sup>(67)</sup>. Por su parte los jefes salteños también demoraban el ataque y eludían la lucha esperando la llegada de las fuerzas del general Navarro, pues necesitaban rápido refuerzo para salir de su situación inoperante por falta de buenos caballos y armas. Navarro entró por fin en la provincia de Salta el 19 de setiembre; la llegada del jefe catamarqueño para abrir la campaña contra la montonera, hacía innecesaria la permanencia de la división auxiliar de Jujuy, por este motivo Belaunde dispuso la retirada de su contingente, ya que a retaguardia había quedado su provincia totalmente desguarnecida, y regresó a Jujuy el 7 de octubre.

reanimó súbitamente y sus calles se llenaban de grupos inmensos de gentes de todas las clases de la sociedad, a cuyos semblantes se notaba la reacción producida por la confianza que ya abrigan de no ser sacrificados por las hordas del infame invasor." ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(66)</sup> Cosme Belaunde al general Manuel Puch. Quinta de Figueroa, setiembre 11 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(67)</sup> Sebastián Elizondo a Aurelio Salazar. Cachi, setiembre 16 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

Mientras tanto, Varela entró en territorio argentino a fines de setiembre dirigiéndose hacia Molinos; los invasores se movieron rápidamente y el 3 de octubre se concentraban en Luracatao, al sudoeste de Cachi, las fuerzas de Varela, Elizondo y Guallama. Hacia allí marchó el general Navarro, pero Varela ya se había apoderado de Cachi, y desde aquí se preparaba para caer sobre Salta, mientras Navarro mal montado y mal equipado no pudo continuar la persecución con la celeridad que las circunstancias exigían <sup>(68)</sup>. Varela logró poner distancia entre sus fuerzas y las de su perseguidor y alcanzó Rosario de Lerma sin dificultades.

La suerte se definía adversa para las tropas nacionales, y las perspectivas inmediatas eran desalentadoras; se presentía el triunfo de Varela en Salta y también se esperaba la marcha del caudillo sobre Jujuy. La actitud de Navarro desconcertó a los gobiernos del norte, pues se sabía que su división era más fuerte que las fuerzas de Varela, y por lo tanto podía ser más eficaz. También Taboada era responsable de este estado de cosas, pues había procedido con una inexplicable lentitud para combinar las operaciones, retardando demasiado la ejecución del plan que debió ponerse en práctica inmediatamente después de Pozo de Vargas, para terminar con la montonera y afirmar definitivamente la seguridad en el norte de la República <sup>(69)</sup>.

El 9 de octubre los gauchos de Varela hicieron el primer amago de asalto sobre la ciudad, pero fueron rechazados; el gobernador Ovejero había improvisado una defensa desesperada, con la colaboración de los vecinos de la ciudad se levantaron catorce barricadas, defendidas por numerosos voluntarios y doscientos cincuenta hombres de infantería con muy pocas y malas municiones. Los invasores volvieron a la carga al día siguiente 10 de octubre, el ataque fue más recio y la lucha más ardua. Alrededor de setecientos gauchos cayeron sobre Salta, donde el coronel Nicanor Flores dirigió las operaciones de la defensa. Antes de iniciar el ataque, Varela envió al gobierno una intimación pidiendo la entrega de la plaza en el término de una hora. La protesta general y la indignación unánime fue la respuesta a la audaz pretensión del caudillo. El combate pronto se generalizó, pero la resistencia se hizo imposible ante la superioridad numérica de los invasores, y a la una de la tarde, agotadas las municiones, el enemigo logró flanquear una barricada, maniobra que le permitió apoderarse en pocos momentos de toda la plaza; los invasores quedaron dueños de la ciudad durante una hora y según informe del gobernador al vicepresidente, "han saqueado todas las tiendas y casas

(68) Octaviano Navarro a Cosme Belaunde. Molinos, octubre 6 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

(69) Marcos Paz a Bartolomé Mitre. Buenos Aires, octubre 16 de 1867. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, t. VI, pág. 290. "El general Taboada, dice, se hallaba el 24 del próximo pasado todavía en Santiago. Ha perdido un tiempo precioso y con ello la oportunidad de triunfar sobre Varela, y aun cuando desde allí había tomado muchas medidas para la destrucción de este caudillo, no puedo explicarme su inercia en esta ocasión."

particulares, han degollado y asesinado a varias personas" (70). A las dos de la tarde entró el general Navarro con su infantería, después de una larga marcha a pie, efectuada a retaguardia de los invasores; no hubo combate, pues los montoneros huyeron con dirección hacia Jujuy.

Navarro retuvo su división en la ciudad retardando la persecución que debió ser inmediata para evitar las consecuencias que la retirada tuvo: ataque y saqueo a Jujuy y huida impune hacia Bolivia. En cartas a Belaunde, Taboada y Marcos Paz, quiso justificar su demora señalando que la mala disposición de su infantería y el pésimo estado de sus caballos le impidieron perseguir a Varela, resolviendo entonces quedarse en Salta por estos motivos, y además porque el gobierno salteño requirió su permanencia en la ciudad, en vista de que se temía que la retirada de los enemigos fuera simulada, para alejar a la división de Navarro y volviendo sobre sus pasos, atacar nuevamente a Salta sorpresivamente (71). Estas afirmaciones del jefe catamarqueño originaron, como se desprende de la correspondencia cursada por Ovejero al vicepresidente de la Nación, un enojoso entredicho entre Navarro y el gobernador; éste airadamente puntualizó en carta del 31 de octubre que las causas que habían detenido a Navarro en Salta no obedecieron a ningún requerimiento de su gobierno, señalando que por el contrario había instado continuamente al general, su pronta marcha para defender a la provincia de Jujuy, ofreciéndole todos los auxilios necesarios. Destaca que en realidad la actitud dilatoria de Navarro respondió a su total indiferencia por la suerte de las provincias del norte, ya que lo único que había preocupado al jefe nacional fue alejar la montonera de Catamarca, aunque ella cayera luego sobre Salta y Jujuy, estos hechos lo hacían reflexionar con cierto pesimismo sobre el desenlace de esta situación:

"La montonera, decía, no ha sido arrojada del territorio de la República porque algunos jefes se ocupan de hacer política, y la disidencia que reina ya a cara descubierta no permite un plan fijo de

(70) Sisto Ovejero a Marcos Paz. Salta, octubre 15 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI. En carta del Jefe del Estado Mayor al jefe encargado de la defensa de la plaza, general Nicanor Flores, fechada el 11 de octubre, encontramos el relato de un emotivo episodio, que revela cómo el hondo fervor patriótico con que lucharon los hijos de Salta concilió heroicamente los deberes del soldado con los sentimientos del padre: en la lucha murió el joven salteño Patricio Varela; su padre, para animar a los compañeros, les dijo: "No importa que muera mi hijo; todavía me quedan cuatro para defender la patria." La guarnición, entusiasmada, gritó: ¡Viva Varela! Los enemigos, confundidos, contestaron: ¡Que viva! Entonces el viejo Varela subió a las trincheras y dijo: "Es a mí, miserables, a quien viva esta gente, y no a vuestro jefe, que es un asesino y ladrón. Yo también me llamo Varela, pero soy honrado y patriota." EL ECO DE CÓRDOBA, noviembre 9 de 1867, pág. 2, Col. 2.

(71) Octaviano Navarro al general Antonino Taboada. Campamento en Salta, octubre 11 de 1867. EL NORTE, octubre 20 de 1867, pág. 4, Col. 1. Octaviano Navarro a Antonino Taboada. Cuatel general en Salta, octubre 15 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

operaciones. Seguirán, pues, estos pueblos sacrificándose estérilmente hasta que la casualidad los libre del flagelo que los atormenta" (72).

Completando el azaroso panorama que presentaba su provincia, alude también en esta carta a la mala situación económica de Salta, víctima del exterminio despiadado de la montonera, había quedado totalmente desprovista de recursos y por lo tanto imposibilitada para seguir adelante en la lucha, pedía al vicepresidente la rápida ayuda del gobierno nacional. También consideraba imprescindible el auxilio de hombres por parte de Santiago y Tucumán para guarnecer a su provincia o bien para dar protección a la de Jujuy, la cual no podría dada la precariedad de elementos de lucha con que cuenta, resistir el desborde de la montonera. En tal sentido, aconsejó al gobernador Belaunde no comprometer combate hasta tanto no recibiera todos los refuerzos necesarios, los que se harían efectivos en cuanto llegara la división tucumana, que ya marchaba hacia Cobos para reunirse con la división salteña (73).

#### VARELA EN JUJUY

Para Varela Salta quedó atrás rápidamente, y dirigiéndose hacia Jujuy, buscó salida hacia Bolivia. El gobierno jujeño ya había puesto en pie de guerra los escasos elementos que pudo reunir y con ellos organizó una débil resistencia que sería fácilmente quebrantada por los primeros fuegos del invasor; el desamparo resultaba desolador y entrañaba un doble peligro: la toma de Jujuy que ya no podía evitarse y el posible regreso de Varela sobre Salta; por eso Navarro se apresuró a aconsejar al gobernador jujeño, la conveniencia de una retirada hacia Campo-Santo, en la provincia de Salta, para buscar la incorporación de la división de Tucumán, que pronto llegaría a Cobos, cercana a aquella localidad, y así, combinando todas las fuerzas, recién podría iniciarse una efectiva guerra de exterminio contra la montonera (74). De los dos planes propuestos, éste del general Navarro, y el anteriormente expuesto del gobernador Ovejero, indicando la prudencia de eludir combate, el gobernador Belaunde puso en práctica este último.

Varela se internó en la provincia de Jujuy, a la vez que animado por el incentivo del saqueo, apremiado por la urgencia de someter la ciudad antes que llegaran auxilios al gobernador, y asegurarse así que el camino hacia Bolivia quedaría despejado a través de la Quebrada de Humahuaca. Ante la aproximación de Varela, Belaunde se retiró de la ciudad acampando en la banda del río Grande con doscientos cincuenta infantes y algunos jinetes; el 12 de octubre entraron los montoneros en

(72) Sisto Ovejero a Marcos Paz. Salta, octubre 31 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

(73) Sisto Ovejero a Cosme Belaunde. Salta, octubre 11 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

(74) Sisto Ovejero a Cosme Belaunde. Salta, octubre 13 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

la ciudad después de batir pequeñas avanzadas, estacionándose al norte de la ciudad, en el campo de La Tablada, sobre la barranca derecha del río Grande; desde aquí desprendió diversas partidas bien montadas y armadas que entraron en la ciudad saqueando durante dos días templos, oficinas públicas, casas de negocio, casas particulares y arreando todo el ganado que encontraron a su paso; estos desmanes concluyeron cuando dos partidas despachadas por el gobernador Belaunde marcharon sobre la ciudad, los invasores ante este ataque imprevisto abandonaron la capital, esquivando el combate y alejándose precipitadamente para ponerse a salvo, sólo hubo escaramuzas con los más rezagados, los que por cuidar el botín logrado retardaron la huida quedando al alcance de los soldados; este desbande logró aquietar los ánimos y renovar el valor y el patriotismo en el reducido contingente jujeño, y en los vecinos que no habían podido salir de la ciudad y fueron víctimas de los excesos de los montoneros. Desde Tilcara se envió el regimiento número 4 de caballería para que se reuniera con las fuerzas de la ciudad, pero el enemigo logró cortarle el paso y hubo un encuentro parcial que impidió la reunión de ambas fuerzas. Las dos jornadas que duró el asalto de la capital jujeña y los restantes días de la ocupación hasta el 17 de octubre, produjeron no sólo el menoscabo de la soberanía local, sino también un grave daño a su situación económica. Aludiendo a este estado convulsionado en que quedó la provincia después de la invasión, el gobernador en carta al ministro de Guerra y Marina, responsabilizaba del mismo, en primer lugar al gobierno nacional:

“que nos ha tenido, dice, desarmados a pesar de nuestras reiteradas exigencias por que se nos arme, para que se militarice esta provincia, porque veíamos el peligro inminente en que estábamos”; en segundo lugar declara culpables a los jefes nacionales Taboada y Navarro, “que no nos han prestado su protección hasta hoy, hallándose a tan corta distancia de nosotros a pesar de haber requerido su auxilio protector con oportunidad este gobierno y de haberles rogado el gobierno y pueblo de Salta para que nos favorezcan” (75).

Entretanto, el abandono y el aislamiento de la provincia saqueada permitió a Varela reorganizar sus fuerzas con toda calma, sin ser molestado; cuando estuvo en condiciones tomó rumbo hacia el norte, por la quebrada que lo llevaría directamente hacia la frontera boliviana (76).

El general Navarro salió de Salta el 18 iniciando la persecución de Varela, quien para esa fecha se encontraba ya en Tilcara a ochenta ki-

(75) Cosme Belaunde al ministro de Guerra y Marina. Jujuy, octubre 22 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

(76) En un artículo de EL ECO, se detallan los elementos de los que se apoderó Varela durante la ocupación de Jujuy: “Cien uniformes completos, dos fardos de seiscientos camisas, cuatro cajones de balas de cañón, un cajón de balas de fusil, un cajón con veinticinco mil cápsulas, cuatro arrobas de pólvora, un cajón de herraduras y otros útiles de guerra inservibles. De la obra nueva de la catedral se llevó: cien caballos y sesenta vacas”. Córdoba, noviembre 24 de 1867, pág. 2, Col. 2.

lómetros de la capital. El caudillo cumplía su línea de marcha sin dificultades; las comunicaciones recibidas desde las distintas poblaciones quebradeñas por las cuales pasó Varela, hacían saber que sus recorridas habían sido muy fructuosas, aumentando considerablemente su botín. El jefe de la vanguardia Tomás Vargas, informaba al gobernador de la provincia sobre el comportamiento de los invasores en su movimiento de retirada:

“En sus marchas y campamentos, dice, no observan orden ninguno, dejando a largas distancias partidas hasta de dos y tres hombres para que se ocupen del saqueo, que en estos puntos han llevado al extremo que no han respetado la Iglesia de este pueblo, porque han llevado todos los vasos sagrados, y sabemos ya que lo mismo ha hecho en Tilcara” (77).

Por decreto del 24 de octubre, el general Navarro fue nombrado jefe de las fuerzas aliadas de Catamarca, Salta y Jujuy; las malas condiciones en que emprendió la marcha, lo obligaron a suspenderla por falta de recursos para armar y alimentar la tropa, apenas llegado a León, a veinticuatro kilómetros de Jujuy. La desventaja en tiempo y distancia que aumentaban a diario, hacía abandonar las esperanzas de dar alcance a Varela. Este ya había llegado a Humahuaca, donde permaneció varios días; desde aquí desprendió una división mandada por Guallama hacia el departamento de Orán, en Salta. Según noticias difundidas Varela esperaba en Humahuaca la llegada de fuerzas que le había prometido Melgarejo, con las cuales volvería sobre Salta. Para asegurar el éxito de estos planes, que en gran parte dependía del envío del gobierno boliviano, intentó provocar en las fuerzas nacionales el desconcierto y la discordia, dirigiendo al general Navarro una comprometedor carta, que dejó interceptar deliberadamente, en la cual le recuerda que el compromiso contraído lo obliga a colaborar en la realización de su campaña; le anuncia la próxima llegada de fuerzas de Bolivia, y que ha recibido correspondencia del general Urquiza confirmándole que debe contar con la confianza y el apoyo de Navarro (78).

Tales planes y tales recursos fueron sin embargo completamente desbaratados, porque el 28 de octubre se produjo en Tilcara un encuentro entre una partida de Varela y la del comandante del segundo batallón de las fuerzas movilizadas; aquélla fue totalmente derrotada y dispersada. Este inesperado contraste a su retaguardia desconcertó al caudillo, y ante el riesgo que en tales circunstancias significaría una contramarcha, abandonó Humahuaca precipitadamente con rumbo hacia el norte. El general Navarro, después de este importante triunfo reinició su marcha hacia Humahuaca; este movimiento de sus fuerzas sería respaldado por

(77) El jefe de Vanguardia, Tomás Vargas, al gobernador de la provincia. Campamento en marcha, Tumbaya, 19 de octubre de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE JUJUY, año 1867, Caja. 3.

(78) Felipe Varela al general Octaviano Navarro. Humahuaca, octubre 23 de 1867. EL NORTE, Santiago, noviembre 14 de 1867, pág. 4, Col. 2.

la división tucumana, que el 29 había salido de Salta. Este despliegue de fuerzas a fines de octubre era ya tardío, los lugares invadidos recientemente por la montonera ya no necesitaban protección por cuanto habían sido evacuados, además los males causados por los montoneros ya no podían ser reparados, y a esta altura de los acontecimientos era imposible detener la fuga de Varela. El general Navarro salió de Humahuaca el 1º de noviembre tomando el camino de Yavi dispuesto a seguir hostilizando a los gauchos de Varela; simultáneamente fuerzas de Salta y Jujuy marchaban sobre Orán ocupado por Guallama, mientras el gobernador Luna despachaba un contingente tucumano a las órdenes de Lucas Córdoba para colaborar en estos últimos esfuerzos que se realizaban para sofocar la anarquía y terminar definitivamente con los caudillos. En efecto, la persecución de Varela terminó en Yavi, cerca de la frontera, desde donde se internó en territorio boliviano. Antes de entrar en el país vecino, había dirigido una comunicación a las autoridades del sur de Bolivia, con fecha 5 de noviembre, declarando que resolvía deponer las armas dando término a la guerra, y que marcharía hacia esa república en calidad de asilado, prometiendo cumplimentar todas las obligaciones que se le impusieran <sup>(79)</sup>.

La fuga de Varela del territorio argentino, a la vez que cerraba una larga jornada en la lucha contra la montonera, abrió un no menos largo paréntesis, hasta la reaparición de los caudillos en la provincia de Salta, donde recibieron su golpe de muerte en enero de 1869. Para asegurar la tranquilidad y el orden que el alejamiento de Varela hacía renacer en las provincias del norte, el general Navarro solicitó desde Yavi, a las autoridades militares de Bolivia el desarme de Varela y del contingente que había logrado introducir, entretanto extremaba la vigilancia en la zona fronteriza, avanzando partidas para recoger noticias sobre el desplazamiento de los montoneros que seguían a Varela, y los de Guallama y Chumbita que, dispersados en Orán e Yruya, "han molido la tierra y desaparecido como el humo", según expresión de uno de los jefes que los combatieron. Considerando que su permanencia en el norte de Jujuy, era ya innecesaria, el 11 de noviembre inició su retirada, al llegar a Humahuaca recibió una comunicación de Santa Victoria, provincia de Salta, anunciándole que los últimos restos de la montonera capitaneados por Elizondo y Chumbita habían sido completamente derrotados <sup>(80)</sup>. De inmediato transmitió la noticia al gobernador Belaunde, expresándole que con este combate quedaba concluida definitivamente la campaña contra la montonera <sup>(81)</sup>. Coincidió con tales apreciaciones

<sup>(79)</sup> Copia. Felipe Varela al sub prefecto del Sur de Bolivia. Yavi. noviembre 5 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(80)</sup> Coronel Manuel S. Burela al general Octaviano Navarro. Hornillos de Santa Victoria, noviembre 13 de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

<sup>(81)</sup> Octaviano Navarro a Cosme Belaunde. Humahuaca, 16 de noviembre de 1867. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1867, Caja 3.

el jefe del Ejército del norte, quien comunicó al gobernador de Jujuy, que habiendo terminado la lucha, se licenciaran las fuerzas movilizadas. Por su parte, el gobierno nacional, imputándose la parte de responsabilidad que indudablemente le correspondía por no haber contribuido a armar a las provincias con la oportunidad que la situación lo exigía, declaraba por medio del vicepresidente, que tales hechos "deben servirnos de lección para lo futuro, y para adoptar con tiempo todas las medidas que se consideren eficaces, para impedir la repetición de situaciones violentas" (82).

Despejado el horizonte, las provincias del norte poco a poco fueron recobrándose; el despojo de que habían sido víctimas sus habitantes, había provocado el consecuente deterioro material y moral, que fue siendo superado, desde que en opinión de todos, la internación de Varela en Bolivia era el episodio que ponía fin a sus correrías en territorio argentino. Los numerosos anuncios recibidos desde Bolivia informaban sobre las actividades del caudillo: llegado a Tupiza el 7 de noviembre:

"Su entrada ha sido triunfal, según párrafo de carta; se le han proporcionado los mejores alojamientos, buenos cuarteles y abundante forraje, han traído ochocientos animales y mucho botín, todo lo que venden casi de balde".

Mantuvo activa comunicación con los montoneros que habían quedado en Atacama, a los que sin duda pidió auxilios para reorganizar sus efectivos, ya que en los primeros días de diciembre, el comandante de Cochinocha informaba haber tenido noticias de que un contingente de doscientos hombres, marchaba desde Atacama hacia Tupiza para reunirse con Varela. Para esta fecha y en virtud del requerimiento del cónsul argentino y del general Navarro, las autoridades bolivianas ya habían procedido a desarmar parcialmente al jefe de la montonera, confinándolo a La Paz, hacia donde partió con una escolta de cien voluntarios y con los honores de jefe (83). Como consecuencia del acercamiento de Varela a La Paz, no se descartaba la posibilidad de un entendimiento con Melgarejo, que le permitiría concretar los preparativos militares para contramarchar sobre nuestro territorio. Se sabía que no obstante su desarme y movilización el caudillo no había desatendido los aprestos bélicos, recomendando a Elizondo, Guallama y Chumbita que habían entrado en Bolivia por Tarija, que trataran de conservar y sostener la totalidad de la tropa, cuidando y asegurando especialmente todo el armamento, pues él regresaría a Tucumán a mediados de diciembre. Para esta fecha efectivamente se recibieron en Yavi, noticias alarmantes desde Cotagaita,

(82) Borrador. Marcos Paz a Sisto Ovejero. Buenos Aires, diciembre 2 de 1867. ARCHIVO DEL CORONEL DOCTOR MARCOS PAZ, t. VI.

(83) *Varela en Bolivia*. Artículo de EL ORDEN, Jujuy, 21 de noviembre de 1867, pág. 1. *La situación de Varela*. EL ORDEN, 28 de noviembre de 1867, pág. 1, Col. 1. N.N. a N.N. Tupiza, 15 de noviembre de 1867. EL ORDEN, 28 de noviembre, pág. 1, Col. 2. Los temores no concluyen. EL ORDEN, 5 de diciembre de 1867, pág. 1, Col. 1.



anunciando la próxima llegada de Melgarejo a Potosí, desde donde continuará hasta Tupiza <sup>(84)</sup>.

#### FIN DE LA CAMPAÑA

El gobierno jujeño ordenó a los departamentos limítrofes movilizar guardias en puntos estratégicos, y vigilar los lugares por donde pudieran entrar los dispersos, mientras Taboada disponía que el coronel Cornejo enviara prontamente a Molinos fuerzas suficientes para garantizar la seguridad de Salta. Así, con estas medidas preventivas comenzó el año 1868, pero debemos señalar que no sólo se adoptaron medidas para evitar males futuros, sino también medidas reparadoras para resarcir a los habitantes de la campaña de las pérdidas sufridas durante la invasión. En efecto, el gobierno jujeño formó una comisión ante la cual, los interesados podían reclamar la indemnización correspondiente por los auxilios que hubieran suministrado, o les hubieran sido tomados por las fuerzas de la provincia, las del general Navarro y las de la división tucumana que auxilió a Orán <sup>(85)</sup>. Asimismo, por otro decreto del 6 de marzo se eximía del pago de contribuciones a todas aquellas personas perjudicadas durante el tránsito de Varela por la provincia.

Las amenazas de una nueva invasión siguieron preocupando durante los primeros meses de 1868. Salta destacó fuerzas hacia los departamentos del norte, por donde habían empezado a presionar los varelistas, mientras el gobernador Alvarado de Jujuy, era autorizado por el jefe de la división del norte D. Martín Cornejo para levantar todas las fuerzas que creyese conveniente para garantizar las fronteras de las dos provincias. Aprovechando una pausa que sobrevino en los preparativos de los invasores, por cuanto se supo que Varela contramarchaba desde Cotagaita a Potosí, el gobierno central considerando conveniente asegurar la pacificación y concluir definitivamente con la permanente amenaza de agresión desde territorio boliviano, se dirigió con fecha 18 de julio al ministro plenipotenciario de Bolivia, manifestando que estimaba indispensable que el gobierno de aquel país,

“se apresurara a tomar las medidas necesarias, no sólo para evitar la agresión, sino para disipar la justa alarma de las poblaciones fronterizas haciendo internar a los refugiados a la mayor distancia posible de la frontera con la República, poniéndolos en situación de que no sean un peligro que tantos males causa a una nación con quien mantiene las más cordiales y fraternales relaciones” <sup>(86)</sup>.

<sup>(84)</sup> EL ORDEN, Jujuy, 19 de diciembre de 1867, pág. 2, Col. 2.

<sup>(85)</sup> REGISTRO OFICIAL DE LA PROVINCIA DE JUJUY, t. II, párr. 543. Jujuy, 1886. Cosme Belaunde había renunciado el 1º de enero de 1868, asumiendo el gobierno de Jujuy D. Soriano Alvarado.

<sup>(86)</sup> Copia. Rufino de Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores, al encargado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Bolivia, coronel D. Quintín Quevedo. Buenos Aires, julio 18 de 1868. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1868, Caja 2.

En la campaña no obstante estas iniciativas alentadoras del gobierno, el clima tenso que provocaba la expectativa, y la atención constante ante cualquier ademán de los montoneros, no había desaparecido completamente, de modo que el licenciamiento de tropa no se llevó a cabo totalmente; se dejaron en pie algunas partidas de observación destacadas en puntos que por su posición geográfica resultaban peligrosos. Los hechos posteriores demostraron que tales medidas no eran inútiles, porque si bien Varela se había alejado de la frontera, no había desistido de ejecutar un nuevo asalto por el norte argentino. Debemos señalar que Elizondo y Guallama habían sido destacados para operar nuevamente en La Rioja, donde el general Navarro que ya había regresado a su provincia después de la persecución de Varela, dirigía las nuevas operaciones. EL NORTE del 15 de octubre publica una declaración firmada por ambos caudillos y otros compañeros de armas, dirigida al general Navarro, comunicándole su decisión de rendir las armas definitivamente<sup>(87)</sup>. Mientras sus compañeros de lucha deponían su actitud rebelde en La Rioja, Varela que se encontraba en Atacama desde el 25 de octubre, llevaba adelante su plan de conspiración actuando en connivencia con Juan Saa, quien había marchado hacia Chile, con el propósito de atacar por Cuyo. Antes de lanzarse al combate nuevamente, Varela había ofrecido al general Navarro su contingente y su colaboración para hacer la guerra al presidente Sarmiento<sup>(88)</sup>.

La situación se agravó a fines de 1868. En efecto, con fecha 23 de diciembre las autoridades bolivianas de Atacama informaban al cónsul de Bolivia residente en Salta, que Felipe Varela había sido obligado a abandonar aquel territorio, y que juntamente con cien hombres se dirigía hacia Salta<sup>(89)</sup>.

El caudillo riojano entró en Salta a fines de diciembre, pero ya desde mediados de mes el gobernador Sisto Ovejero se había trasladado a los departamentos del oeste para ponerse al frente de las fuerzas movili-

(87) Sebastián Elizondo. Santos Guallama, Santos Fernández, Aurelio Salazar, al general Navarro. Campamento general Quemados, setiembre 24 de 1868. EL NORTE, octubre 15 de 1868, pág. 1, Col. 3. En una comunicación de Elizondo, del día 26, manifiesta que está persuadido de que el gobierno nacional "no ha de ser indiferente al sometimiento espontáneo que acabamos de hacer para acordarnos una garantía completa para que así podamos resarcir las torturas que de algún tiempo a esta parte venimos soportando, debido a la tenaz persecución de los enemigos del pueblo de La Rioja, de sus libertades e independencia, dándonos el nombre de montoneros y enemigos de la Nación Argentina". EL NORTE, octubre 15 de 1868, pág. 2, Col. 2.

(88) Felipe Varela al general Octaviano Navarro. Anillaco de Atacama, octubre 26 de 1868. EL NORTE, enero 7 de 1869, pág. 2, Col. 3; pág. 3, Col. 1.

(89) Comunicación del ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia a Felipe Varela. La Paz, 5 de diciembre de 1868. Se le informa que el gobierno nacional le acordó asilo comprometiéndolo a observar conducta prudente para no comprometer la neutralidad de Bolivia; pero en vista de que se ha trasladado a Atacama contraviniendo órdenes, se le ordena disperse la gente que tiene reunida, y en el término de tres días abandone territorio boliviano. LA ACTUALIDAD, Salta, enero 20 de 1869, pág. 3, Col. 4.

zadas, adoptando las medidas más convenientes, de común acuerdo con el teniente coronel Julio A. Roca, nombrado por el gobierno nacional, jefe de las fuerzas de la provincia. El contingente de Jujuy, bajo el mando de D. Napoleón Uriburu marchó hacia Salta para combinar sus operaciones con las fuerzas de esta provincia.

Las partidas de Varela depredaron nuevamente en los valles del oeste, repitiendo sus anteriores correrías, pero las avanzadas de Salta iniciaron una tenaz persecución. La superioridad numérica de las fuerzas salteñas decidieron al caudillo a refugiarse en Bolivia, pero en su retirada fue alcanzado en Pastos Grandes, camino de Antofagasta y derrotado completamente el 12 de enero por el coronel Pedro Corvalán; los cabecillas lograron huir, pero sus pérdidas fueron muy sensibles, cinco muertos y cuarenta y nueve prisioneros <sup>(90)</sup>. De inmediato, el gobernador Ovejero y el teniente coronel Roca, dispusieron el licenciamiento de las tropas movilizadas; aquél reasumió el mando a fines de enero, recuperando su provincia el orden y la paz interna.

Aquí concluye la guerra de la montonera. Con Pastos Grandes en enero de 1869 se cierra definitivamente la campaña de Varela, última y larga jornada de la rebelión del Oeste, que iniciada con la revolución mendocina en noviembre de 1866, se había proyectado hacia el Norte, perturbando a lo largo de dos años la situación interna del país, pero sofocada finalmente en nombre de la ley y la Constitución, quedaron frustrados definitivamente los propósitos de los caudillos, de recuperar la posición perdida después de Pavón, en el plano de la política nacional.

OLGA DINA GAMBONI

<sup>(90)</sup> Pedro Corvalán, jefe de la División Expedicionaria, al jefe de la División en Campaña, coronel Delfín Leguizamón. Salinas de Pastos Grandes, enero 12 de 1869. LA ACTUALIDAD, enero 20 de 1869, pág. 2, Col. 2, 3 y 4. Alejandro Figueroa, gobernador interino de Salta, al ministro de Guerra y Marina. Salta, enero 18 de 1869. LA ACTUALIDAD, enero 23 de 1869, pág. 2, Col. 1. De igual tenor a los gobiernos de Tucumán y Jujuy, pág. 2, Col. 2. Impreso titulado *Victoria en Pastos Grandes*, adjunto a la carta de Figueroa al gobernador de Jujuy. ARCHIVO HISTÓRICO DE JUJUY, año 1869, Caja 1.